



Olvidarme, si puedes

Norah Carter
Patrick Norton
Monika Hoff



MPN
BOOKS

Olvídame, si puedes

Norah Carter—Patrick Norton
—Monika Hoff

Más libros en www.DESMIX.net

Título: Olvídame, si puedes.

© 2017 Norah Carter — Patrick Norton —
Monika Hoff

Todos los derechos reservados

1ª Edición: Febrero, 2017.

Es una obra de ficción, los nombres, personajes, y sucesos descritos son productos de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, sin el permiso del autor.

Capítulo 1

Ay, Señor, otra vez no...

Era la frase de siempre, lo primero que decía cuando llegaba a mi lugar de trabajo.

Todos los lunes me despertaba diciéndome: “Victoria, una sonrisa, comienza una nueva semana y esta vez no habrá problemas”.

Y lo hacía, de verdad. Me despertaba temprano, tomaba una ducha y salía de mi habitación preparada. Con mi habitual ropa de trabajo, leggings negros, camisa negra, tacones negros...

Sí, trabajar horas de pie, en una pastelería de lujo, no impedían que yo llevase a cabo mi lema “Antes muerta que sencilla”.

A lo que iba, que me pierdo....

Me recogía mi larguísima melena rizada y morena en un moño y me maquillaba sutilmente, lo suficiente para resaltar mis ojos grises. No me gustaba mucho el maquillaje y tampoco es que lo necesitara, había heredado un buen cutis. Cuando entraba en la cocina, mi padre, quien aún no había entendido que yo ya estaba cerca de rozar la treintena, me tenía preparado mi desayuno: café, zumo de naranja, tostadas y una fruta.

Podía con todo, menos con la fruta. Nunca me había gustado, la repudiaba, y tampoco hacía el esfuerzo por comerla.

Buenos días, cariño, ¿cómo has dormido? –preguntó mi calvo favorito.

Así lo llamaba yo, cariñosamente. Me acerqué a él e hice lo mismo que hacía desde que era pequeña, le di un beso en la calva.

Es lunes –dije como respuesta a todo.

Vamos, este lunes será diferente –era su intento de animarme, como cada día.

Sí, lo sé –me mentí a mí misma, porque sabía que no sería así. Aunque

intentara engañarme, ese lunes sería un problema, como todos. Problema que se solucionaría el miércoles, el viernes me iría a casa pensando que el próximo lunes todo estaría bien, para que ese día llegara y me diera en las narices con que todo se jodió de nuevo-. Papá, no me voy a comer el plátano. No me gusta. Es más, odio el plátano –puse cara de asco y lo eché a un lado.

Odias toda la fruta. Pero tienes que comerla, te guste o no.

Mmm... - dije ignorándolo- ¿Y mamá?

Es lunes...

Sí, ya sé que es lunes. ¿Pero dónde...?
Oh, espera, ¿en el médico? –resoplé.

Como cada lunes –suspiró él.

Se sentó frente a mí con su café y desayunamos en silencio. Tenía 28 años y vivía con mis padres por elección. Tenía un trabajo estable, un buen sueldo, pero no me gustaba estar sola. Además, ellos ya eran mayores y prefería hacerles compañía.

Eso y porque, para qué nos vamos a

engañar, yo era un desastre en la cocina. Podía ser la mejor pastelera del mundo, pero a la hora de comer... No sabía hacer ni un huevo frito.

Como decía, vivía con mis padres. Ya estaban los dos prejubilados. Eran una de esas parejas que tardaron años en poder tener hijos, cosas de la genética, y cuando llegué, me quedé sola, y ya ellos habían pasado la treintena, así que no hubo hermano posible.

Mejor para mí, me gustaba mucho la tranquilidad como para soportar a un hermano pequeño. Aunque a veces deseaba haberlo tenido, alguien de mi edad para poder contarle mis cosas. Así que cuando lo necesitaba, llamaba a la

loca de mi mejor amiga, Alberto, y con ella que me desahogaba.

No, no me he equivocado. He dicho Alberto y amiga, es que tiene mucha pluma ella.

Y yo siempre me he llevado mejor con el género masculino, para amistad, porque en temas relaciones...

Vicky, el zumo.

La voz de mi padre me sacó de mi ensoñación. Levanté la mirada, observando sus cansados ojos grises, con esas cejas blancas, con esa mirada tan parecida a la mía.

Papá, odio la fruta –dije como una niña pequeña.

O te lo tomas sola, o te lo doy yo.

Resoplé y empecé a beberlo. Poco a poco, no tenía ganas de echar todo afuera.

Mi madre... Por ahí iba.

Era la mejor madre del mundo, la mejor cocinera, la mejor en todo. Pero lo más hipocondríaco del mundo.

Todos los lunes tenía algo, no sabía cómo lo hacía, pero la cuestión era que tenía que ir al médico a que la vieran. El

pobre hombre pensaría que estaba loca, tendría ganas de perderla de vista.

Yo creo que por eso cambiaba tanto de médico, porque ninguno aguantaba las neuras de mi madre.

Seguramente hoy no venga a comer –le dije a mi padre mientras me levantaba y cogía mi bolso y mi abrigo.

Si vas con esa idea, está claro que no vendrás. Es el Karma.

El Karma o su prima, a saber. Solo estoy siendo realista.

Tienes que confiar, no siempre va a ser igual.

Así llevamos 3 meses, y yo no soy muy positiva.

Hija –empezó y yo ya sabía que me tocaba escuchar el sermón de los lunes-, todo en esta vida es la actitud. Si vas con alegría y esperando lo mejor, eso tendrás. Pero si vas negativa, pues lo malo llegará.

Claro que sí, tienes razón – era mi respuesta de siempre, porque ¿qué iba a decirle? ¿Discutir porque yo pensaba

diferente? Entonces el sermón del lunes se alargaría más de la cuenta, ya lo tenía comprobado-. Que tengas un feliz día, mi calvo favorito.

Tú también, preciosa.

Le di un beso y salí de casa. No sin antes coger aire en cantidades descomunales.

Cuando puse un pie en la calle, lo solté del todo.

Vamos a por otro lunes, Vicky, pensé.

Y miedo, eso era lo que sentía cada lunes. Un miedo de dos pares de...

Cogí el metro dispuesta a llegar cuanto antes al trabajo, ojalá ese día sin incidentes.

Vivía en Madrid y el transporte público era lo mejor. Sobre todo, para llegar al centro de la ciudad. Cada vez que tenía que ir en mi pequeño escarabajo, me ponía nerviosa. Porque la gente pensaba: “Tienes un Mini, es un coche pequeño, como su propio nombre dice, es más fácil aparcar”.

Claro que sí, decía yo, ignorando la escasa lógica de ese argumento.

En Madrid, conducir lo que condujeras, era imposible aparcar. Así que, a lo seguro, el metro.

Me bajé en mi parada, contenta y en

parte asombrada porque, hasta ese momento, todo estaba yendo bien. Cero altercados, nada raro, nada...

Casi me como el suelo al meter el tacón en un agujero.

Joder...

Me incorporé como pude, agradecida de que hubiera tenido los reflejos de agarrarme a una farola que, gracias a Dios, estaba por allí en medio, en oro momento habría estampado mi cara con ella por no verla.

Respiré profundamente, y empecé a intentar sacar el tacón de la ranura donde estaba metido.

Pero el jodido tacón no salía.

Gruñí, sin importarme quién me escuchara. Ya empezaba la tortura, sí, demasiado tranquila había estado yo.

Pero el endemoniado tacón no salía.

En ese momento vi a un chico agachado tocando mi pie.

Maldición, ¿por qué me pasaba eso a mí? Tenía que sacar el pie atrancado y estamparle el tacón en la cara, por tocarme.

Y eso hizo él, liberar mi zapato, claro que, sin tacón, este se había roto.

Se levantó y lo miré.

Creo que esto es tuyo – dijo riéndose,

ofreciéndome el dichoso tacón roto.

Planté el pie, con el zapato, o lo que quedaba de él en el suelo, quedándome coja, y cogí lo que me daba.

Lo agarré con fuerza, diciéndome mentalmente que no podía, en ese momento, tirarlo y ponerme a chillar.

Gracias –dije irónicamente. Para mí, era el culpable de la rotura de mi zapato, seguro que yo sola lo habría sacado sin romperse.

Lo siento, o lo rompía o no salía – se disculpó el bombón.

Porque eso era, un bombón. De chocolate, sí. Madre mía con el mulato, con sus ojos negros, con esa boca que era un pecado, con ese cuerpo que...

Para, Vicky, el tacón.

Claro que sí –dije. Era mi respuesta a todo, o al menos cada vez que quería mandar a alguien a la mierda y no podía.

Que tengas un feliz día – dijo antes de marcharse.

Guapo y gilipollas, lo sabía. Si es que

era un imán lo que yo tenía. Chico guapo, imbécil integral, además de creído y de ir de sobrado y de infiel. Había tenido demasiadas experiencias con tipos de esa clase para saberlo.

Por eso, solo salía con feos.

Hasta que los dos últimos feos me engañaron también. Con dos adefesios, pero eso era peor aún para mi ego.

En esos momentos yo decía: tengo que tener un problema, no queda otra.

El problema era que tenía un imán para los gilipollas, ni más ni menos.

Mejor soltera, o hacerme lesbiana, o meterme a monja, o solterona de por vida. Cualquiera cosa mejor que un

hombre.

Me solté de mi farola, que a ese paso ya le cogía cariño, y seguí caminando.

Vi el letrero de la pastelería, Dulce Vita, ya no podía pasarme nada en tan pocos metros.

Pero el Karma, o quien estuviera ahí arriba cada lunes esperando a hacer de las suyas, me la tenía jurada.

La cuestión es que yo no sé qué ocurrió. Yo escuché el pito de una bici, me moví pensando que la bici venía por detrás y tenía que pasar. En ese movimiento empujé a alguien, que se tropezó con una escalera que había mal colocada y, sin

saber por qué, tenía un cubo de agua, cubo que acabó directamente en mi cabeza.

Me lo quité, cual gorro, y chillé al notarme toda empapada. De agua fría, helada. Joder, ¡que era febrero! Hacía un frío horrible.

Lo primero que vi cuando mi cabeza estuvo libre fueron unos ojos negros. Como un deja vú.

Tú... - fue todo lo que dijo antes de descojonarse.

Inflé mis mofletes, intentando contenerme.

¿Tú me tiraste el cubo? – pregunté entre dientes.

No – dijo entre risas-, me empujaste y yo me tropecé con la escalera y...

En ese momento, el mulato de la mala suerte y yo miramos arriba. Había un hombre subido en esa escalera mirándonos.

Y casi me matan –dijo enfadado-. Si la escalera no llega a tener la estabilidad

que tiene, la hostia me la meto. Porque no podéis prestar atención cuando andáis, ¿verdad? –gruñó.

Pero bueno, lo que faltaba. Me tira el cubo a mí y encima es él el ofendido.

Fui a dejar de lado toda mi educación, les pedí perdón a mis padres mentalmente por lo que pensaba soltar por mi boca y cogí aire.

Lunes, ¿verdad?

Miré al otro lado al reconocer la voz. Ahí estaba Alberto, a mi lado. Mi amiga, la loca, la única que me ayudaba

siempre. Lo miré y me dieron ganas de llorar.

Puse un puchero, era la tristeza pura.

Vamos, amore, vamos a quitarte esa ropa. Oh, cariño, no te pongas así – dijo casi llorando él también.

Maldito lunes –me quejé.

El Karma, cariño, el Karma. ¿Y tú quién eres?

Cuando Alberto hizo esa pregunta, en

ese tono, me dieron ganas de meterle. Iba dirigida al mulato, sin duda, pero eso no era importante ahora. Claro que Alberto veía un hombre guapo y ya se perdía.

Yo soy... - empezó el guaperas, ofreciéndole la mano.

Es la calamidad. La mala suerte, ¡no lo toques! –dije histérica, dándole a mi amiga un manotazo en la mano.

El chico me miró con las cejas enarcadas.

¿No serás tú la de la mala suerte? – preguntó muy serio.

¿Yo? Mira, porque tengo mucha clase, si no... -agarré a mi amiga y tiré de ella para entrar en la pastelería, por la puerta de atrás, eso sí- ¡Espero no volver a verte nunca!

También es un placer para mí haberte conocido –y siguió andando, dándome la espalda.

¿Has visto qué culo? –Alberto me miró y me hizo la pregunta con los ojos abiertos como platos- Pero no es

gay, pena.

¿Puedes pensar en otra cosa que no sean los tíos?

No, tengo que pensar doble, por mí y por ti. Ser Cupido no es un trabajo fácil –entramos en la pastelería, por la puerta de la cocina, y fui a coger una muda de ropa que siempre tenía allí, por si acaso.

Pues deja de buscarme pareja. Yo no quiero hombres, estoy muy bien sola. Así que deja de intentar nada.

Pero la última cita que te preparé no estuvo mal –dijo muy satisfecho consigo mismo.

No –dije irónica, mirándolo-, el psicólogo que me dijo que debería de estar internada en una clínica.

Porque le tiraste un café a la cara, normal que te lo dijera.

Eso fue después de llamarme loca –me defendí-. Y me da igual, deja de intentar buscar a nadie. No quiero a nadie, estoy muy bien sola.

Abrí la puerta del baño y me quedé mirando a mi amigo, algo me había llamado la atención de repente. Lo observé, su delgado cuerpo encorvado, mordiéndose el labio al darse cuenta de que yo me había dado cuenta, sus enormes ojos azules pestañeando sin parar, como hacía siempre que se ponía nervioso. Era, además de mi amigo, mi empleado, el encargado de mi pastelería, esa que me había costado la vida levantar.

¿Dónde está? –pregunté y él sabía a quién me refería.

Bien, esto... - empezó y se calló.

Es lunes, Alberto, con eso te lo digo todo. Y mira cómo estoy –intenté ponerme recta, pero un tacón menos lo hacía imposible -. No tengo ganas de gilipolleces. ¿Dónde está?

Mandó un mensaje hace un rato que no podía seguir el ritmo y que lo dejaba.

Que no podía seguir el ritmo...

Sí –se mordió el labio de nuevo.

¿Yo qué soy? ¿Hitler?

Noooo...

Miré a los demás empleados y todos negaban con la cabeza.

¿Entonces cuál es el problema? ¿Por qué todos se van? –insistí, derrotada ya. Iba a ponerme a llorar y no quería.

Cariño, no todos aguantan este ritmo frenético de trabajo. Y cuando te dan las neuras... Bien, no eres de las que dices las cosas bien –dijo Alberto suavemente.

¿Me estás diciendo que trato mal a mis empleados?

No –dijo rápidamente-, solo que algunos quieren que les hablen como si fueran de cristal y se fueran a romper. No te comprenden.

Claro que no...

Me encerré en el baño, me quité la ropa, me sequé con una toalla y me puse la nueva.

Antes de salir suspiré.

Me había costado mucho esfuerzo montar mi pastelería y que fuera una de

las más conocidas de la ciudad. Cuando mi ex me dejó tirada con el negocio, decidí comprarle su parte y hacerme cargo sola. Alberto aprendió todo lo referente al negocio y, como estaba en paro, estuvo meses conmigo, intentando levantarlo, sin cobrar.

Pero a todos los pasteleros que encontrábamos para llevar adelante esto junto con nosotros, ya que yo no podía estar solo haciendo dulces, nos dejaban. Sin explicaciones. Con un mensaje o simplemente no venían.

Sabía que era un poco dura como jefa, pero jamás los trataba mal. Solo que a veces decía las cosas a mi manera y ellos querían que los tratara como a las

rosas.

Y yo tenía mi carácter, pero no tenía problemas con nadie. Solo que no soportaba a quienes venían como Divas, y punto.

Puse la mano en la manilla de la puerta, respirando profundamente.

Por esto tenía los lunes, ahora a buscar a alguien como pastelero jefe, como le llamábamos.

Y lo encontraría el miércoles, y el viernes, cuando pensara que todo estaba bien... Pues pasaría el fin de semana y otro lunes igual.

Maldición.

Abrí la puerta, Alberto me esperaba.

Está bien, pongamos el anuncio de nuevo.

Y, sin más palabras, me puse manos a la obra, dejando otras cosas de lado. Ahora lo importante era que todos los dulces que se necesitaban, estuviesen listos.

Solo rezaba porque el próximo pastelero no me fallara.

Capítulo 2

Martes por la mañana.

Estaba hasta los ovarios de la rutina.
Debía luchar contra mi propio Karma.
Me levanté con un dolor de cabeza

impresionante, joder. Mi padre ya me estaba llamando desde la cocina. Tenía el desayuno preparado. Y la fruta. Este hombre no se cansaba nunca. Me mimaba demasiado y, a veces, aunque era mi padre y lo quería mucho, resultaba bastante odioso y pesado.

¿Qué mala cara tienes, hija?

Es la cara de un martes, papá.

Hija, tienes que sonreír a la vida. Eres empresaria. Regentas una pastelería. Tienes que ser simpática con tu clientela.

Papá, no me des la brasa. Yo hago lo que puedo. Al que no le guste mi cara que se vaya a otro sitio a comprar pasteles.

Esa no es la actitud, Victoria.

No me llames Victoria, papá.

¿Cómo quieres que te llame?

Papá, Victoria me hace vieja. La gente me conoce por Vicky.

Vicky, Vicky, Vicky, ...parece el nombre de una cualquiera.

¡¡¡Papá!!! No seas grosero. Es un nombre precioso.

Ya tienes mejor cara. Con solo provocarte un poco, ya eres otra.

Lo miré fijamente, con mi taza de café entre las manos, y no pude evitar sonreír. Por muy odioso y pesado que resultase a veces, era encantador. Y, para aguantar a mi madre, no quedaba otra que ser así y mirar a la vida con ese sentido de humor del que él hacía

alarde.

Por cierto, ¿dónde está mamá?

Tu madre está durmiendo. Le dolía mucho la cabeza.

¡Qué raro! – exclamé con ironía.

No te rías de tu madre. Es una mujer débil.

Si tú lo dices...

¿Por qué siempre estás enfadada con

el mundo, Victoria? Me cuesta cada vez más hablar contigo.

Podía decirle a mi padre que estaba más que enfadada por varias razones: a) Porque no follaba en mucho tiempo; b) Porque los tíos que habían salido conmigo habían sido un auténtico fraude; c) Porque necesitaba que alguien me encerrara en un hotel durante una semana y no me sacara de la cama, alguien que se pareciera a Brad Pitt, por supuesto; d) Porque nada de lo que había dicho anteriormente se iba a cumplir ni en mis mejores sueños, e) Porque mi pastelería daba muy pocos beneficios y yo siempre estaba de mala leche con los empleados.

Esas eran algunas de las razones por las que estaba enfadada con el jodido mundo. Pero esas barbaridades no se las iba a decir a mi padre.

Habría dicho él: “Pero, ¿qué clase de hija he criado?”. Para colmo, mi lunes había sido una suma de calamidades: el tacón, un cubo de agua sobre mi cabeza y un día de mierda en la pastelería donde apenas hicimos caja para cubrir gastos.

Para colmo, necesitábamos a un nuevo trabajador. Alberto y yo no podíamos

estar en el horno y atendiendo en el mostrador. Madre de Dios, qué desastre. Pero, bueno, lo importante es que era martes y ya quedaba menos para el fin de semana.

En la maldita hora que monté la pastelería. Tenía que haber hecho como algunas de mis compañeras de instituto, que se casaron con tíos que tenían y siguen teniendo pasta. Y, aunque ellas tenían más cuernos que un ciervo, les daba igual. Mientras el Maserati corriera, ellas eran felices. Pero yo no era de esa clase de chicas. Yo tenía mejor cuerpo que ellas, más soltura al hablar y, cuando me ponía mi

Wonderbra, los coches se paraban y los taxistas me cantaban saetas.

Nunca supe sacarle partido a mi físico, porque, aunque no lo parezca, a mí me gustaban los problemas, meterme en jaleos, buscar a tipos que no necesitaban ponerse una careta en Halloween. Me gustaba joderme a mí misma. Era masoquista. Y la pastelería era una forma de practicar el masoquismo como lo era vivir en casa de mis padres como si aún tuviera doce años.

Necesitaba un cambio en mi vida. Pero esas cosas, pensaba, solamente pasan en el cine y en las novelas de amor. Y mi

vida no tenía pinta de que fuese a cambiar mucho hasta que, esa mañana, al llegar a la pastelería, me encontré con Alberto que sonreía como un bobo.

Vicky, tenemos nuevo chico en la oficina

¿Qué dices? No estoy de humor.

Tú nunca estás de humor. Pero este nuevo trabajador te va a encantar.

¿Dónde está? No lo veo.

Está dentro, amasando.

Pero, ¿qué dices? Sin que yo lo haya entrevistado, lo pones a trabajar. Alberto, no puedes saltarte las normas. Estás cada día peor de la cabeza.

¿Ya empiezas, Vicky? ¿Qué iba a hacer? Te retrasabas y ya sabes lo que cuesta encontrar a alguien que pueda echarnos una mano en la pastelería.

Que hubiese esperado – dije yo cada vez más enfadada.

Me ha dicho que tenía otra entrevista

de trabajo. Además, es un chico que me ha transmitido confianza enseguida.

Lo que ha pasado es que te ha gustado su culo, ¿verdad?

¿Por qué me consideras tan superficial? No negaré que soy una loca, pero tengo dos dedos de frente y me gusta mirar a los hombres a los ojos, no solo a su paquete.

Estaba por estrangularlo allí mismo. ¿A quién habría contratado la loca esta?

Voy a matarte, Alberto. Me va a tocar

echarlo de la cocina antes de haberlo entrevistado. Te has precipitado, como haces con todo – mi tono de enfado era bastante significativo.

Me estás jodiendo el día de parte de mañana. No quería decírtelo, pero ¿sabes por qué no entran a nuestra pastelería?

¿Por qué? – pregunté airada.

Porque dicen que los pasteles los hace una loca y que a saber de qué los ha rellenado.

Me voy a cagar en...

No blasfemes. Es de mala educación, Vicky. Yo solo te estoy diciendo lo que la gente va soltando por el barrio. Que estás loca, loca, loca – enfatizó.

¡¡¡ Se van a comer todos una mierda!!!
¡¡ Y tú, el primero!!

Una señora que iba a entrar en ese instante se dio la vuelta al ver la escena. Yo estaba nerviosa, porque Alberto, aunque tenía un corazón noble, conseguía sacarme de quicio.

¿Estoy loca? Alberto, aparta. Voy a entrar en el horno y a echar al tipo que has decidido contratar. Yo me encargaré de todo y, si tengo que cerrar la pastelería, la cerraré. Me iré a la cola del paro como todo el mundo.

¿No te das cuenta de que no puedes ir por la vida así?

Lo empujé y casi se cae de bruces contra el suelo. En ese instante, entré al horno y lo vi. Era el mulato, el mulato que, aquel lunes, me había traído tan mala suerte. Iba a pegarle un grito y a mandarlo a la

mierda. También es casualidad, con lo grande que es la ciudad, que aquel tipo hubiese aparecido por mi pastelería.

Pero no grité ni lo eché. Estaba furiosa, es cierto, y también estaba excitada. ¿Por qué? No sé qué me pasó, pero me fijé enseguida en sus manos dentro de la masa. Vi la fuerza de sus manos penetrándola. Sus dedos la acariciaban para hundirse en el interior de aquella mezcla de harina y levadura. La trataba con cariño y con fuerza. El mulato no se había dado cuenta de que estaba yo ahí. Parecía muy concentrado en su trabajo, demasiado concentrado. Sudaba. Sus manos no cesaban de apretar y estirar.

Lo peor vino después. O lo mejor, según se mire.

Abandonó las manos de la masa y, buscando un poco de frescor para su cuerpo, se quitó la camiseta con un movimiento lento, como si fuese a hacer allí mismo un striptease para mí sola.

El torso firme y sus abdominales marcados me impidieron hablar. Estaba extasiada. Se giró para coger un delantal y pude ver, en su espalda desnuda, un enorme tatuaje maorí, cuyo dibujo se perdía bajo aquellos pantalones

ajustados. Su piel húmeda y aquellos músculos tensos y trabajados durante años en el gimnasio me hicieron babear. Madre de Dios, era un Adonis.

¿Qué estaba pasándome? Encogí las piernas. Quería seguir viendo aquel espectáculo. Y así fue que volvió a introducir sus dedos en la masa blanca. ¿Quién fuera aquella masa para ser tocada y penetrada de esa forma?

De repente, giró su cabeza y advirtió mi presencia.

Hola, perdona. Me he puesto a amasar.

Lo echaba de menos.

¿Eres tú? – pregunté risueña.

Sí, soy yo. A ti también te he reconocido. El mundo es un pañuelo, ¿verdad?

Sí, lo es. Me he retrasado y no he podido atenderte, pero ya veo que te sabes desenvolver muy bien con la masa.

Sí, me encanta hacerlo. Me enseñó mi madre.

Es una pena que nos conociéramos ayer de la forma que lo hicimos.

No te preocupes. A veces atraigo a la mala suerte.

Mientras conversábamos, él seguía imprimiendo su fuerza y notaba que su respiración se entrecortaba al hablar. No puedo mentir si digo que toda clase de fantasías sexuales se me estaban pasando por la cabeza.

Ya está lista esta masa para los pancakes – dijo con tono firme.

¿Conoces el oficio? - pregunté con voz temblorosa.

Sí, lo conozco. Mi madre y mi abuela tenían una panadería en Vallecas. Y me enseñaron. Pero la vida me llevó por otros derroteros y comencé a trabajar de albañil con apenas dieciocho años. De vez en cuando ayudaba en la panadería. Luego llegó la crisis. La panadería fue embargada y yo perdí mi trabajo como albañil.

Puta crisis – dije yo amargamente.

Sí, puta crisis. Ahora busco empleo de

lo que sea.

Y pensé para mí misma que aquel bombón, como lo había llamado Alberto el día anterior, podría trabajar de gigoló y se forraría.

No sé si cumplo con los requisitos – dijo mientras recuperaba el aliento y me penetraba... con sus ojos.

No seáis malpensados.

Yo no sabía qué decir. Lo veía disciplinado, amable, correcto y estaba para llenarle el cuerpo con crema

pastelera y empezar a lamer. Pero esos pensamientos no podían afectar a una decisión objetiva y cabal. Necesitaba a alguien que me ayudara en el horno y no estaría mal tenerlo algunos días de prueba para ver cómo se desenvolvía en el trabajo y dentro de aquella pastelería, con la loca de su jefa y con Alberto, que lo iba a acosar seguramente todo el rato.

No sabes dónde te metes – comenté yo irónicamente.

Necesito el dinero... perdona si te tuteo. No sé tu nombre – dijo acercándose lentamente y quitándose el delantal.

Soy, soy... Vicky. Me puedes llamar Vicky – tartamudeé.

Encantado, yo soy Kevin

Me dio dos besos en la mejilla. Y ahí estaba aquel cuerpo, sin nada, delante de mí, mirándome como si, entre nosotros, existiese química. Quizá eran imaginaciones mías, quizá estaba yendo demasiado lejos y aquel chico solo intentaba ser amable.

Perdón, voy a ponerme la camiseta. Estaba acalorado – dijo él

mordiéndose los labios.

No te preocupes. No pasa nada, Kevin.

Tuvo que notarlo. Tuvo que notar que mi voz temblaba, que yo estaba perdida en mi particular universo de placer al mirar sus pectorales y otra cosa que estaba más allá de aquellas abdominales de acero. Más allá, no. Más abajo...

Kevin, necesito ir un momento al aseo. Ahora, hablamos.

No debo decir lo que hice en el aseo, pero salí nueva. Aquel martes, sin duda,

se planteaba diferente.

Capítulo 3

Me cambié de bragas. Lo necesitaba. Me vais a llamar bruta, pero es que el mulato, perdón, Kevin, me había puesto a cien.

Mi Karma estaba cambiando. Por fin. Me había olvidado del mulato de la mala suerte y ahora tenía, ante mis ojos, en mi pastelería, conmigo, a aquella magnífica obra de la naturaleza que solo sabía amasar y amasar, y sudar delante del horno mientras se cocían los pasteles.

Eran las doce y Alberto solo sabía meterse conmigo. Estábamos los dos en el mostrador. En todo lo que llevábamos de mañana, solamente habían entrado dos parejas de ancianos y unos niños maleducados que me intentaron engañar con las monedas. Como era de esperar

en mí, los mandé a la mierda y ellos me amenazaron con decírselo a sus padres.

Estás muy callada, Vicky –dijo Alberto con ironía.

Sé por dónde vas, pero que sepas que yo no me fijo en el físico.

No, claro. Eres una monja. Pero si tienes otra cara...

Alberto, para. No empieces.

A mí también me pone mucho, Vicky.

A mí no me pone nada – mentí.

Pero, ¿cómo se puede ser tan mentirosa? Si te he visto cómo le hablabas. Estabas contadísima delante de él.

No digas tonterías y deja de meterte conmigo, por favor.

Además, ¿qué estabas haciendo en el aseo? Porque has tardado un tiempesito.

¡¡Ya está bien, Alberto!! – grité. ¿No puedo cagar tranquila en mi pastelería?

Hija, halaaaa, qué bruta. Puedes hacer lo que te dé la gana. No aguantas ni una broma. Pero entiendo que estés nerviosa.

De nuevo me daban ganas de estrangularlo allí mismo. Alberto no se callaba ni bajo el agua. Lo peor es que yo le entraba al trapo.

¿Por qué iba a estar nerviosa?

Por ese cuerpo. ¿Por qué va a ser?
Maldita sea.

Alberto, he de reconocer que Kevin es un chico atractivo, pero yo busco en un hombre otras cosas.

Sí, claro, Vicky, buscas las mismas que yo.

No me trates como una mujer superficial.

Pero si no es nada malo que Kevin te guste. ¿A quién no? Si no fuese hetero, yo me lo tiraría.

¿Quién sabe? A lo mejor no le gustan las mujeres.

No creo. No lo veo con hombres. A ese le gustan las almejas. Eso se huele enseguida.

¿Ahora quién es la bruta?

Mientras nos metíamos el uno con el otro, entró una señora de unos cincuenta años con un abrigo de visón. Parecía una señora distinguida y se notaba, por su indumentaria y su peinado, que aquella mujer tenía el dinero por castigo.

Al mismo tiempo que entraba, Kevin salía con una bandeja de hojaldres con nata que Alberto y yo habíamos dejado preparados la tarde del lunes. Allí estaba él, con sus ojos de cielo y con esa piel de ébano que hipnotizaba. Menos mal que llevaba la camiseta.

Alberto me guiñó el ojo en señal de complicidad. Cuando la señora lo vio, no pudo evitar hablar.

¿Qué chico más guapo, por favor?

Gracias, señora – dijo Kevin en un

tono amable.

¡Y qué educado! Me encantas.

Gracias, de nuevo, señora.

No me llames señora. Haces que me sienta como una vieja.

Mientras yo observaba la escena, pensaba que, si no hubiera sido por los miles de euros que llevaba de cirugía estética encima, aquella mujer la habría confundido con la momia de Tutankamón.

Me puedes llamar Consuelo, guapo.

Eres muy amable, Consuelo, y bienvenida a nuestra pastelería. Espero que disfrutes de nuestros dulces – añadió Kevin sonriendo.

Alberto no le quitaba ojo a nuestro nuevo empleado. Estaba babeando. Como yo lo estaba haciendo también en ese momento. Aunque no os lo creáis, sentía celos, muchos celos. Consuelo estaba ligando con mi mulato. Yo estaba deseando que Kevin volviese al horno a seguir penetrando con sus dedos la nueva masa.

¿Eres nuevo por aquí? –preguntó la señora un tanto descarada.

Sí, es mi primer día de trabajo – contestó Kevin.

No me lo puedo creer, pues, hijo, deberían ponerte en el escaparate. Seguro que la pastelería se llenaría de gente.

Consuelo, me vas a sacar los colores.

Digo la verdad. Anda, ponme dos pastelillos de chocolate.

Sin que nos preguntase nada, Kevin se puso a servirle a la señora. Allí estábamos Alberto y yo como dos estatuas. Alucinábamos. Además de un estupendo pastelero, Kevin era simpático y atento con la clientela. Vaya un chollo de empleado.

Se te ve fuerte, Kevin – dijo la señora con intención de ligar descaradamente con MI Kevin.

Sí, hago bastante ejercicio en el gimnasio, Consuelo.

Se te nota en esos brazos que tienes.

Consuelo, por favor, no siga. ¿Qué van a pensar mis jefes?

¿Puedes enseñarme tu bíceps?

Claro, sin problema.

Alberto y yo seguíamos alucinando. Yo pensaba que Kevin, en algún momento, iba a cortarse y a largarse de allí. Pero, no. Kevin se arremangó y enseñó su enorme bíceps a la mujer del visón que, ni corta ni perezosa, se puso a tocar el brazo de mi nuevo empleado.

Está muy duro, Kevin – susurró ella.

Sí, eso dicen. Trabajo bastantes horas a la semana en las pesas.

No hace falta que lo digas. Tienes unos músculos impresionantes. Anda, ponme también dos hojaldres.

Enseguida, señora.

Alberto me miraba estupefacto y yo seguía paralizada. Los celos me comían por dentro. Yo no quería pensar que eran

celos, pero no puedo mentir. Eran celos. La atracción física de aquel cuerpo había producido en mí un efecto cautivador que me hacía sentirme cada vez peor.

Estaba a punto de coger de los pelos a la Consuelo y sacarla a rastras a la calle.

Kevin, ¿me enseñas el otro brazo?

Claro, Consuelo, es igual que este – dijo Kevin orgulloso.

Ya, pero me gustaría comprobarlo por mí misma. No es fácil encontrar chicos

como tú por esta zona, a no ser que...

La muy cerda estuvo a punto de decir: “... a no ser que pagues”. Seguro que la tal Consuelo era de esas viudas que se van los sábados por la noche al Gigoló Club a poner billetes de veinte euros dentro de los tangas de tíos macizos con el cuerpo aceitoso.

Es verdad. Es igual que el otro. Es muy duro – comentaba ella babeando mientras sus dedos arrugados acariciaban la piel de MI Kevin.

Sí, ya se lo dije. Son muchas horas de

gimnasio.

Hijo, si lo tienes todo igual de duro, tu novia tiene que estar feliz – añadió Consuelo sin pudor alguno.

Alberto se dio la vuelta para reír y yo ya no aguanté más. Consuelo no vio ni el primer hojaldre ni el segundo, porque los dos hojaldres rellenos de nata se estamparon en su cara de muñeca hinchable.

Pero, ¿qué haces, loca? – exclamó ella horrorizada.

¿Qué hago? Váyase a buscar un gigoló a la vuelta de la esquina. En la Plaza de España, hay muchos. Y puede elegir. ¿Cómo se atreve a comportarse así con uno de mis empleados? – argumenté con ira.

La señora solo quería ser simpática – intervino Kevin asustado.

Tú, cállate. ¡Que toda la culpa la tienes tú! – le grité como una posesa.

¿Yo? ¿Solo he tratado de ser amable?

¡¡Sal de aquí inmediatamente!! –

ordené con los ojos inyectados de sangre.

Kevin se marchó con la cara triste. Sus ojos vidriosos delataban que me había excedido. Alberto intentaba calmar a la señora. Yo la había jodido bien con Consuelo y con mi nuevo empleado. Ojalá me hubiese fulminado un rayo allí mismo. Para colmo, había manchado el visón de la señora. Me calmé un poco y me dirigí a ella de buenos modos para pedirle perdón. No sirvió de nada. El daño ya estaba hecho.

Consuelo montó en cólera y me cogió de los pelos con aquellas manos huesudas

que parecían zarpas. Alberto no podía separarnos. Al final, tras caer las dos al suelo y rodar como dos croquetas, aquella bruja me soltó. Su abrigo de visón no estaba para llevarlo a la tintorería, sino que estaba para llevarlo directamente al cementerio.

Esto no va a quedar así. Te voy a denunciar y no vas a tener para pagar lo que te van a reclamar mis abogados. ¡Cerda! ¡Loca! –gritó mientras se alejaba de la pastelería.

Ya te advertí yo que, en el barrio, te habías hecho famosa.

No sé qué me ha pasado, Alberto. No sé qué me ha pasado – repetí mientras intentaba recuperar el aliento.

¿No sabes que te ha pasado? Te has puesto como una leona cuando la señora se ha puesto a coquetear con nuestro Kevin.

Kevin, mierda. Le había gritado. Lo había humillado allí delante de una clienta con mi actitud indecente y grosera. Tenía que entrar al horno y pedirle disculpas e intentar explicar algo que no tenía explicación alguna.

Tenía que inventarme algo, pues había ridiculizado a un buen trabajador que solo intentaba ser amable. Para una venta importante que teníamos aquella mañana, voy yo y la espanto. Y, aún encima, la señora dijo que iba a denunciarme.

Mi cabeza era un caos. Alberto me lamía las heridas de mis manos. Pero yo estaba realmente avergonzada. Me dirigí rápido a buscar a Kevin. Lo encontré en el horno. Estaba apoyado en una bancada de madera donde disponíamos las bandejas de pasteles y dulces antes de meterlas en el horno.

Kevin, perdóname. No volverá a pasar.

Victoria, el que lo siente soy yo – musitó amargamente.

No digas eso. He perdido los papeles por completo.

No te preocupes. Me he dado cuenta de que este trabajo no es para mí.

Por favor, Kevin, no te puedes marchar ahora. Te necesito. Me has demostrado en muy pocas horas que eres la persona que estaba buscando –

supliqué.

No creo que sea así. Nadie me había avergonzado de esa forma en ninguno de mis trabajos anteriores.

No sabía qué contestar. No sabía cómo convencerlo. Sonaba música en la radio. Alberto se quedó en el umbral mirando toda la escena.

Te prometo que no volverá a pasar.

Lo siento. Debo irme. Me he equivocado de sitio.

En ese momento, me miró a los ojos. Se lamió los labios con intención y se quitó la camiseta. La hizo un guiñapo y la arrojó en un rincón.

De nuevo volví a fijarme en su tatuaje y, cuando se giró, para ponerse una camiseta limpia, pude observar que su piel oscura y húmeda destacaba sobre aquellos abdominales que ahora vibraban con la tensión.

En silencio, no me dijo adiós. Cogió su mochila y se marchó.

Alberto, acompáñalo – dije.

Mi amiga obedeció y yo, entre confusa y excitada, opté por encerrarme en el aseo a llorar. Y, después de llorar varios minutos, pensando en su cuerpo, me senté en el váter y me puse a soñar con aquel mulato. No pude evitarlo. Mis manos descendían lentamente hacia mi fruta prohibida.

En la radio, mientras tanto, sonaba una canción del grupo Maná.

Sola... Sola en el olvido

Sola... Sola con su espíritu

Sola... Sola con su amor el mar

Sola... en el muelle de san Blas.

*Su cabello se blanqueó
pero ningún barco
a su amor le devolvía.*

*Y en el pueblo le decían
le decían la loca
del muelle de san Blas.*

Capítulo 4

Estaba derrotada. Abatida. No sé cómo demonios explicarlo. Kevin se había ido de la pastelería y me había dejado tocada.

No sabía dónde meterme. La tarde del martes la pasé llorando a solas, intentando que Alberto no me viera. Lloraba en los rincones y dentro del aseo. No lloraba solo por el despido

voluntario de Kevin, sino por todo lo que estaba siendo mi vida hasta ahora.

Aunque intentara ocultarlo, Alberto no era tonto y se me notaba en la cara que yo estaba más que fastidiada. Aquel mulato se había marchado de mi lado. Aquel gigoló, porque tenía un cuerpo que quitaba el hipo, había sido humillado por mí delante de Consuelo, la vieja del visón, y había tomado la firme decisión de dejar su puesto de trabajo.

Yo estaba dispuesta a contratarlo. Yo estaba dispuesta a todo... Para, Vicky, para, que te vas del tema. No pienses en Kevin como si fuese tan solo un objeto sexual, piensa que es un hombre con

sentimientos.

Eso haré. Disculpadme, queridos lectores, si me excito al hablar de Kevin... Mierda, otra vez me está pasando, pero es que aquel chico estaba para untarlo de mantequilla y caramelo líquido para, a continuación, empezar a lamerlo todo despacio, muy despacio. Vale, paro aquí.

Voy a seguir con mi triste historia, porque no se puede llamar de otro modo.

La noche del martes no cené. No hablé con mis padres. Me encerré en mi cuarto y encendí la tele. Estaba jodida. No quería ver a nadie. No quería ni mirarme en el espejo. Para colmo, no sé qué

demonios pasó aquella noche en los canales de televisión, que solamente estaban dando comedias románticas y anuncios de ropa interior masculina. Y menudo interior.

Mi Kevin. ¿Qué estaría haciendo ahora ese mulato? Seguro que estaría sobre algún escenario bailando sin parar, desnudándose lentamente mientras unas señoras, parecidas a Consuelo, no pararían de decirle guarradas y de meterle dinero, mucho dinero, en su tanga.

Mientras yo intentaba olvidar a ese hombre, mi madre entró sin llamar a mi habitación. Me daba mucha rabia que hiciera eso. Pensaba que su hija era

todavía aquella loca adolescente que cerraba la puerta cuando invitaba a algún amigo a merendar. Ojalá tuviera ahora algún amigo con el que encerrarme a merendar en mi cuarto. Sí que íbamos a merendar, sí, le iba a merendar yo una cosa que...

¿A ti qué te pasa? – preguntó mi madre con cara de pocos amigos.

No me pasa nada. Estoy agotada.

Tienes que cenar.

Mamá, no me apetece. Ya he picado

por allí – dije yo un tanto contrariada.

No me gusta esa actitud, Victoria.

Mamá, deja de molestarme. Quiero dormir. Mañana tengo que madrugar para abrir la puta pastelería.

Pero, ¿qué maneras de hablar son esas? – exclamó escandalizada.

Por favor, ¡¡déjame!! –grité.

Vale, vale, vale. No te voy a castigar. Ya eres mayorcita. Pero estás cada día

peor. Y mientras vayas con ese tal Alberto no se te va a acercar ningún chico.

- Mamá, ¿de qué estás hablando?

Todo el mundo dice que Alberto es gay. ¿Qué haces tú yendo con un gay?

Mamá, trabaja conmigo. Lo sabes de sobra y claro que es gay. ¿Pasa algo? – respondí con un gesto retador.

No me gusta ese chico. No me gusta que trabaje en la pastelería. No te convienen amistades de ese tipo.

Mamá, cállate ya un poquito. Alberto es una persona muy importante en mi vida. Y me da igual si es gay. Es mi amigo.

Hija, si lo que digo es que me gustaría verte con un novio. Tu padre y yo queremos una nieta.

Si no fueras mi madre, ya te habría lanzado el despertador a la cabeza.

No seas violenta, Victoria. Quería preguntarte algo.

Si es sobre la pastelería o sobre

novios, ni se te ocurra.

No, es que no encuentro en tu cajón una minifalda y un top que te ponías hace unos meses.

Me quedé un tanto extrañada al escuchar a mi madre.

Creo que están en el segundo cajón. ¿Para qué lo quieres?

Estoy ordenando el altillo y quiero ordenar tu armario para que tengas más espacio. Entro y lo cojo – dijo con decisión.

Y así fue que mi madre entró a mi cuarto. Abrió el segundo cajón de mi armario y se llevó varias prendas.

Se despidió y no insistió más en que cenara, pero me aconsejó que yo no debía seguir con esa actitud tan retadora. Mi madre, la hipocondríaca, hablaba de actitud, ella que se pasaba horas durmiendo y siempre argumentando que tenía unas jaquecas terribles.

Pero, en cierto modo no le faltaba razón. Mi vida era una mierda. Tenía una pastelería que no marchaba. Mi amigo era un gay que tampoco encontraba el rumbo en su vida y el único trabajador que había tenido hasta ahora, simpático,

atractivo y profesional, había huido de mí tras mi comportamiento de auténtica imbécil.

Aquella noche no dormí. La ansiedad oprimía mi pecho. Me acordaba muchísimo de Kevin. ¿Me había enamorado? No, yo creo que no. Yo creo que me había puesto cachonda como nadie me había puesto antes y la excitación me estaba durando demasiado tiempo.

De repente, alrededor de las tres de la madrugada, escuché unos pasos en el pasillo. Me levanté y abrí la puerta con cuidado. Para mi sorpresa, vi a mi madre que se iba a la calle vestida con mi minifalda y mi top. No estaba

soñando. Me pellizqué en el brazo. Era mi madre, vestida como Prettywoman, que abandonaba mi casa. Sí, la hipocondríaca, parecía tener una doble vida.

Mi padre roncaba. Supuse que no se enteró de lo que estaba haciendo mi madre. Volví a mi cama y me puse a dormir. Podía haberle preguntado a mi madre adónde iba así, pero algo me detuvo a hacerlo. Quizá, la ansiedad, la tristeza, mis pocas ganas para seguir adelante. Ya me enteraría.

A las siete sonó la alarma para levantarme y yo había pasado toda la noche viendo la tele tienda. Me había comprado un colchón de agua para la

cama, una máquina para hacer abdominales y una crema de baba de caracol que te dejaba la cara mejor que la que le había quedado a Consuelo con aquella cirugía para momias.

Mi padre me había preparado el desayuno. Café, huevos, plátano, zumo de naranja y cereales con leche. Lo mejor es que, al lado de la leche, me había puesto el edulcorante. Para no engordar, claro.

Papá, no voy a comerme todo eso.

Hija, es que te veo desanimada – dijo él con amabilidad.

Pero, engordarme como si fuese un cerdo no es la solución.

¿Qué te pasa? – preguntó.

Nada, es esta vida. No sé qué demonios hacer con la dichosa pastelería.

Creo que debes cerrarla – me soltó de repente con seriedad.

Nunca lo había visto así. Sus ojos se ensombrecieron y su frente arrugada revelaba que estaba verdaderamente

preocupado.

No sé qué hacer, papá. Pero creo que no sería mala idea ahora que lo dices.

Cada día que te levantas te veo más hundida. Abriste el negocio con mucha ilusión, pero veo que no sabes cómo sacarle partido a esa oportunidad.

No sé hacerlo, papá. Quizá lo mejor sea cerrarla y buscarme la vida fuera de este país, como han hecho muchos de mis amigos – comenté yo amargamente.

Haz lo que quieras. Pero no quiero verte más con esa cara – sentenció.

Está bien. ¿Y mamá?

Durmiendo. Está durmiendo –dijo mi padre confiado.

No sé si debía decirle algo. Pero me daba pena que se enterara de que su matrimonio era un fraude. Mi madre salió aquella noche con una de mis minifaldas y uno de mis tops. ¿Adónde demonios iría? ¿Se dedicaría mi madre al oficio más antiguo del mundo? No quería ni imaginármelo.

Papá, anoche, ¿no notaste nada raro en la cama?

¿En la mía?

Claro, no va a ser en la cama del vecino.

No, la verdad es que no. ¿Hubo algún terremoto? Tengo un sueño muy profundo y no suelo despertarme. Por suerte, nunca he padecido de insomnio. Tu madre le encanta que duerma como un lirón.

“No me extraña”, me dije yo. Terminé de desayunar. Me duché y, sigilosamente, me asomé a la habitación de mis padres. Allí estaba ella, la Julia Roberts del vecindario, durmiendo profundamente. ¿Qué clase de vida secreta llevaba mi madre? ¿Por qué salió anoche de casa, vestida de esa manera?

Volví a mi cuarto para arreglarme. Las palabras de mi padre sobre el futuro de la pastelería me hicieron reflexionar. No podía dejarme derrotar. Un negocio es una oportunidad, así que me puse un vestido bonito y decidí salir a la calle con la cabeza bien alta, orgullosa de mí y de mi trabajo. Salí a la calle. El cielo

estaba limpio. Su azul cálido iluminó mis ojos. Sonreí, pese a la mala noche que había pasado. Me había puesto un vestido rojo. Dicen que los colores vivos levantan el ánimo. Era hora de comerme el mundo. Era hora de demostrarle a mi padre que yo podía hacer que esa pastelería fuese la mejor pastelería de la ciudad. El día iba a ser perfecto. Lo iba a conseguir.

Di un paso firme. Y pisé una mierda de perro.

Empecé a blasfemar. La gente que cruzaba por mi lado se apartaba espantada. Uno de mis zapatos favoritos había hundido su suela en una enorme mierda de perro. El perro tenía que ser

un caballo. Nunca había visto una mierda igual.

Me puse a arrastrar el zapato por la acera para intentar limpiarlo. Pero no sirvió de nada. Ya empezaba de mala hostia mi querido miércoles. Monté en el metro. La gente no me miraba a los ojos, sino a mis preciosos zapatos a los que una mierda de perro había condenado a una muerte segura enseguida que llegara a la pastelería. Iban a acabar en el contenedor de la basura. Cincuenta euros tirados de aquella manera. Qué asco de mí y qué asco de vida.

Caminé durante unos minutos. Como siempre, llegué tarde. Alberto ya había

abierto la pastelería y se estaba poniendo un café.

Hola, princesa.

¿Princesa? Una mierda – exclamé con angustia.

Pero, ¿qué te ha pasado?

No me hables. Salgo de mi casa con este vestido precioso, sin otra intención que comerme el mundo y, nada más salir del portal, piso una mierda.

Eso da buena suerte, Vicky.

Aún encima de cachondeas de mí,
¿verdad?

Te lo juro. Pisar una mierda trae
suerte.

En ese instante, no pude contenerme.
Demasiada tensión acumulada. Me quité
el zapato manchado y se lo tiré a la
cabeza. Pero Alberto fue hábil y esquivó
el golpe.

¿Estás loca? ¿Querías matarme?

No supe qué contestar. Me senté en una

silla y enterré mi cara entre mis manos. Estaba desolada, estaba triste, acabada. Una mierda de perro ya me había jodido el día y lo que es peor, al igual que el día anterior, no fui capaz de controlar mis impulsos y casi le abro la cabeza a mi mejor amigo con mi zapato.

¿Qué te pasa, Vicky?

Alberto, lo siento. Estoy perdida. Creo que no soy capaz de llevar este negocio. Creo que debemos cerrarla.

Te he dicho antes que pisar una mierda traía suerte – dijo él con ternura.

No empieces con el temita. Ahora no tengo ganas de bromear ni de insultarte, maricona – musité yo con ironía.

Mira. Quiero que entres al horno.

¿Por qué? ¿Qué has hecho ahora? ¿Qué has roto?

No he hecho nada. Solo quiero que te acerques. Te espera alguien.

Me levanté sin gana ninguna y, arrastrando los pies, crucé el umbral de

la cocina, y lo vi. Ahí estaba de nuevo. Era Kevin. Con una enorme sonrisa. Sudaba. Sin camiseta. Con su delantal cubriendo aquel torso de hombre corpulento.

Hola, Vicky. No debí hacer lo que hice.

Kevin, no, no, no tienes que disculparte. Fui yo la que se comportó como una grosera – tartamudeaba.

Sí, pero yo no tenía que haber atendido a aquella señora ni presumir de mis músculos en un mostrador de

alimentos – confesó con tristeza.

No vamos a discutir. Me alegro mucho que estés aquí, de verdad – mi voz sonó risueña e infantil.

Alberto me llamó anoche y me convenció de que volviera.

No sé qué haría sin él, sin mi Alberto – murmuré.

Durante unos minutos, estuve observando cómo Kevin amasaba sobre el poyo. Concentrado en su trabajo, no se daba cuenta de que yo lo estaba

desnudando con la mirada.

Alberto reía en el mostrador. Algunas clientas entraban en ese instante a la pastelería. Salí a atenderlas. Sonaba música en la radio. Después de servir unos hojaldres y unos pasteles, volví al horno. Kevin seguía trabajando sin camiseta y con sus vaqueros ajustados.

Vicky, sé que no debería trabajar así. Pero paso demasiado calor aquí dentro –me susurró acercándose a mí.

No te preocupes. Me gusta verte así – me atreví a decir espontáneamente y con toda la naturalidad del mundo.

Kevin se calló. Me miró con ojos luminosos. Y, automáticamente, me fui al aseo y no a llorar precisamente. En efecto, pisar una mierda trae suerte.

Capítulo 5

Otra vez lunes...

Y otra vez el maldito miedo.

La semana anterior terminó bien. Kevin parecía que se iba haciendo a la pastelería y tenía mucho don de gente. Pero claro, era lunes y a ver cómo demonios no iba a levantarme asustada.

Cada día que lo veía sufría un calentón que aliviaba en el cuarto de baño de la pastelería o en el de casa.

¿Y si llegaba y resultaba que él no volvía? Como todos...

No, eso no podía ser cierto. Kevin

estaba a gusto allí. Y ya se había marchado una vez y había vuelto.

Y yo había dejado de ser la nazi en mis horas trabajo.

Gemí y me tapé la cara con la almohada. Sí, había dejado de ser la jefa nazi para convertirme en una colegiala que babeaba por las esquinas al ver a tremendo mulato.

Se me estaba yendo de las manos, eso no podía seguir así. Porque bueno, yo podía babear por un tío, eso nos pasa a todas alguna vez en la vida. Pero es que me estaba comportando como una verdadera idiota.

Y yo no era eso. Yo no quería a los hombres, no los necesitaba. Eso tenía

que terminarse, de raíz.

Me levanté, decidida a tratar a Kevin como uno más y a quitarme las tonterías de la cabeza.

Más que nada porque eso ya no era atracción solamente. Era una obsesión. Solo pensaba en Kevin y en sexo, ya no prestaba atención en nada más.

Decidida a ignorarlo ese día, llegué a la pastelería. Al abrir la puerta, fruncí el ceño. ¿Había llegado sin incidentes? No podía ser, era lunes.

Buenos días, amore.

Buenos días, Alberto. ¿Qué día es hoy?

¿Bebiste? ¿Le echaste coñac al café quizás? ¿Tu padre quiso emborracharte?

Mi padre... - me callé de repente -
¿Hoy es lunes? –pregunté de nuevo.

Me estás asustando –la loca de mi amiga se puso una mano en el pecho – claro que es lunes. ¿Estás bien? –vino hasta mí y me tocó la frente.

Quita –le di un manotazo-, solo es que todo es muy raro. Mi padre no me puso fruta.

¿Qué?

Nada, déjalo –y me fui con el ceño fruncido.

Me cambié de ropa y me puse el uniforme, ese día no tenía nada que hacer fuera y haría pasteles. Un poco más tarde, Kevin apareció por la puerta de atrás. En parte suspiré de alivio al ver que no me había dejado tirada. Pero por otra parte... Ya comenzaba a babear,

tenía que terminar con eso de raíz.

¿Cómo? Pues a saber, volvería a ser la misma nazi de siempre, no me quedaba de otra. O simplemente lo ignoraría. Sí, eso haría.

Buenos días –saludó el mulato.

Hola –dije con una enorme sonrisa. Mierda, eso no era lo que tenía pensado. Así no, Vicky, así no.

¿Qué tal el fin de semana?

Bien, gracias.

¿Y qué tal te has levantado?

Bien, gracias.

Ya... ¿Y qué tal está tu perro?

Bien, gracias.

Cogí una de las bandejas dispuesta a pasarme el día preparando todo tipo de pasteles y pasar de él. Pero era inútil. No dejaba de pensar en mi mulato. Ahí estaba. Delante de mí, con su cuerpo macizo y ese tatuaje del que no se veía fin. Tenía de nuevo un calentón como

todos los días de la semana pasada. Aquella figura se había convertido en una especie de hombre inalcanzable, pero, cuya presencia me excitaba constantemente, y eso se me notaba en la cara.

Alberto no podía dejar de bromear con el asunto.

Vicky, te gusta, ¿verdad?

Déjame tranquila y ponte hacer inventario de lo que tenemos que comprar. Creo que nos hemos quedado sin muchos ingredientes – dije con

tono serio.

Ahora lo haré, pero dime una cosa: te gusta, ¿verdad?

No me gusta. Ya te lo he dicho muchas veces. Es un chico muy guapo, pero sobre todo valoro su gran profesionalidad.

Hija, qué tonta te pones. Solamente quiero sacarte una sonrisa y te pones en plan jefa y no hay quien te guante.

Pues ya sabes dónde tienes la puerta si no quieres que te aguante.

Me callo ya. Pero solo te pido una cosa, Vicky.

Venga, ¿qué quieres ahora?

Cuida de ese chico y no la vayas a cagar. Desde que está en la pastelería, nuestras ventas han aumentado, ¿sabes?

No hace falta que me lo digas. Ya te he dicho que es un buen profesional y es cierto que los pasteles saben más ricos.

No, lo que pasa es que tenemos más clientas que entran para verlo a él y, con ese pretexto, compran pasteles.

Me estás enfadando, Alberto. Vamos a ponernos a trabajar. Y déjate de estupideces.

Mientras ordenaba unos pedidos que teníamos para unos restaurantes, me di cuenta de que Kevin trabajaba como una fiera en el horno. Sus músculos tensos destacaban sobre aquel cuerpo oscuro y húmedo por el sudor. Me encantaba ver cómo sudaba, cómo se esforzaba por hacer su trabajo de aquella manera. Era un obrero eficiente y estaba tan, tan ...

mmmm. No, otra vez, venía el calentón.
Volví a apretar las piernas.

Tía, es que se te nota mucho.

¿El qué, Alberto?

Que te gusta. Estás más salida que el picaporte de una perrera. El pobre lo tiene que notar.

Lo que te pasa a ti es que estás celoso.

Es un golpe bajo, Vicky. Eso es un golpe bajo. Ahora ya no te voy a

hablar.

Has sido tú el que ha empezado.

En ese instante, entró una clienta, cuya cara me era familiar. Sí, aunque no os lo creáis, Consuelo, con un nuevo abrigo de visón, entró a la pastelería. Iba acompañada de dos amigas, dos señoras que debían pertenecer al Club de Amigas del bótox y la silicona, porque no parecían momias, sino el padre de las Kardashian. Las tres me miraron como si quisieran fulminarme. Pero no lo hicieron, gracias a Dios.

Recordaba todavía la pelea que nos echamos por culpa de mis celos, por culpa de que ella se pusiera a tontear con mi mulato.

Buenos días, queremos doce hojaldres con nata – dijo ella con tono serio.

Enseguida, señoras – intervino Alberto, mientras yo me hacía a un lado.

No, queremos que nos sirva el pastelero. No queremos que nos serváis vosotros – añadió Consuelo con descaro.

Pero, no podemos hacer eso. Nosotros somos los dependientes en el mostrador – dijo Alberto cargado de razones.

Venimos a hacer un pedido muy importante para una fiesta y nos gustaría que nos sirviera ese joven. Si no es así, nos marcharemos.

Yo estaba más que jodida. Habría salido del mostrador y habría cogido a aquellas tres brujas y les habría metido una escoba por el... perdón, Vicky, así no. Así no. Me contuve y, tragándome mi

orgullo, llamé a Kevin, quien salió enseguida.

Ahí estaba el Adonis delante de ellas, sin camiseta, con su delantal puesto, menos mal. Pude ver los ojos de ellas que se abrieron como platos al ver al muchacho de aquella manera.

Kevin se quedó un poco cortado al principio. Pero reaccionó con buen humor y les atendió mientras Alberto y yo nos mirábamos incrédulos. Me convenía estar callada, porque a Consuelo, además de agarrarla de los pelos, le dejé su abrigo de visón hecho una piltrafa. Me convenía tener la boca

cerrada no fuera a ser que me denunciara finalmente. Sin que quitaran ojo del cuerpo de mi mulato, de vez en cuando, Consuelo me lanzaba una mirada acusadora, como si, en su fuero interno, estuviese además disfrutando de aquella situación al obligar a que Kevin se prostituyera de aquella forma delante de ellas.

Yo estaba muy jodida así que desaparecí de allí y me fui al horno. Salpiqué con harina la masa que estaba trabajando Kevin y me puse a amasar. Desde allí podía escuchar las risas de aquellas brujas y las frases amables que mi mulato soltaba por aquella boca sensual

y húmeda que más de una vez había imaginado que, algún día, llegaría a besar. Pero solo eran malditas fantasías. De repente, se hizo el silencio. Yo seguía amasando y entonces noté sus manos en mi cintura.

Sigue haciéndolo, Vicky, lo haces muy bien – me susurró al oído.

Sus manos me cercaban. Sus labios rozaron el lóbulo de mi oreja. No hubo más... por ahora. Pero fue suficiente para que yo me pusiera a temblar, para que mi piel me erizara, para que mi pulso cardíaco se aceleraba de forma incontrolada.

Kevin tenía que sentir que mi reacción ante su presencia era la de una mujer que está ansiosa de ser amada. Pero mi mulato estaba claramente jugando conmigo y eso no me gustaba. Quería que fuese yo la que cayera en su trampa, pero eso no era justo.

Sus manos apretaban suavemente mi cintura. Intentaban deslizarse más abajo. Hacían el ademán, pero, de repente, se detenían para volver a su punto inicial. Yo estaba más que excitada. Me habría encantado echar mi cabeza hacia atrás y haberlo besado.

Mis pechos no cabían ya en mi sujetador. Mis pechos iban a reventar. Mi respiración entrecortada fue la única respuesta a aquella frase que una vez más volvió a pronunciar.

Sigue haciéndolo así, Vicky. Con más fuerza. Que tus manos entren hasta el fondo... de la masa – susurró con una voz nada maquinal, sino cargada de sensualidad y con la intención de cautivarme y arrastrarme hasta el infierno.

No se lo iba a poner fácil. Kevin estaría esperando a que yo me diese la vuelta y lo besara, y le lamiera el pecho, sus

abdominales, que le desabrochara el pantalón y me pusiera a jugar con su manga pastelera, aunque fuesen las diez de la mañana, aunque Alberto se asomara a ver aquel espectáculo, aunque la pastelería se llenara de clientes en unos pocos minutos, como no había sucedido nunca.

Aguanté.

Bravo, Vicky. Con disimulo, aparté sus manos y me separé de la masa. Estaba jodida. No se atrevió a dar el siguiente paso. Me puso caliente como una perra y ahí se quedó.

Me lavé las manos y pude ver que él sonreía, y pude ver también que el delantal tenía una extraña elevación a la altura de su cintura. Algo que guardaba dentro de sus pantalones se había alegrado al verme allí, en aquella posición, amasando lo que Kevin sabía hacer mejor que yo.

Lo siento. Solo quería ayudarte un poco –dije yo nerviosa.

No te preocupes. Me gusta que estés cerca – añadió él con una voz tersa y suave.

Estaba claro que quería conquistarme, que quería ligar conmigo, que su manga pastelera apenas aguantaba dentro de sus jeans ajustados.

No es la primera vez que me pasa – dijo él mientras volvía a hundir sus manos en la mesa.

¿El qué?

Que las mujeres me acosen. No tienes por qué ponerte celosa con las clientas.

Oye, chaval, no alucines. No quería tener problemas con esa momia del visón. Estuvo a punto de denunciarme por tu culpa, ¿me oyes?

Perdona, no quería decir eso.

Aquella subida de ego que había tenido Kevin no me gustó nada. Lo que menos falta me hacía en ese momento era un presuntuoso.

Kevin, no me gusta esa actitud de machito arrogante.

No estoy mintiendo. A mí no me

importa satisfacer a las clientas.

Mira, chaval, esto es una pastelería, no un club de striptease. Lo he tolerado porque temía que me denunciaran, pero tú tienes que limitarte a hacer pasteles y punto. Para eso te pago, ¿me oyes?

Está bien. Entendido. Pensaba que tenía más confianza contigo para contarte las cosas.

¿Confianza? Nada. Porque seas un chico guapo y te dediques a ir al gimnasio, y a quitarte la camiseta

cuando te plazca, no tienes que pensar que el mundo gira a tu alrededor. Y, si las mujeres te acosan, pregúntate por qué es. Eres un provocador.

No hace falta que me hables así.

Hablo como me da la gana que, para eso, soy tu jefa.

Sí, pero eso no significa que debas faltarme al respeto.

Deja de tutearme. Ahora te vas a dirigir a mí como usted.

No sabía qué me estaba pasando. Me había vuelto irascible. Creo que la tensión acumulada durante todo este tiempo estaba volviéndome loca y lo peor es que Kevin iba a pagar los platos rotos. Podía ver que su rostro sonriente mudaba en un rostro serio, lejos de esa luz que lo caracterizaba.

¡¡Estoy harta de todo!! – estallé.

Pero, ¿qué te pasa?

¡¡Ni te acerques!! ¡¡Todos los tíos sois iguales!! ¡¡Todos!!

No le aguanto más, señorita Victoria.

De repente, como hiciera aquel lunes fatídico, pero, ahora con un enfado monumental, se quitó el delantal y lo tiró al suelo. Se puso la camiseta. Adiós torso desnudo, abdominales y tatuaje.

Me voy. No puedo trabajar así.

Pasó por delante de mí y su olor mezclado a sudor y a perfume hizo que mi cuerpo se encogiera. Pero, como estaba airada, no le supliqué. Preferí que se marchara, preferí que se dedicara

a calentar a otras tías, que ligara en otros lugares donde sus jefes o sus jefas se lo permitieran.

Alberto no daba crédito.

¿Otra vez? Pero, ¿qué ha pasado? – preguntó confuso.

Nada. No soporto a hombres como ese. Es un chulo, un presuntuoso. No quiero a alguien así en mi trabajo.

No puedes hacer eso de nuevo, Vicky. Es un profesional muy bueno. No vamos a encontrar a otro como él. La pastelería está llena de gente gracias a

Kevin.

Me da igual. Se ha acabado. Se ha acabado todo. No quiero saber nada de esta pastelería. Vamos a cerrar. No voy a convertir mi negocio en un lugar de striptease.

Comencé a hiperventilar. Con aquella actitud había arrastrado a Alberto a la ruina y también a mis padres. Había hecho saltar por los aires mi propia esperanza. ¿Qué me quedaba ahora? Lo de siempre. Buscar a otro empleado. No iba a ser fácil. Y mi mulato se había ido, mi Kevin, con el que yo fantaseaba a lo largo del día, el único que había

despertado en mí sensaciones que hace años no había experimentado. Mejor dicho, que nunca había experimentado. Aquella tensión sexual, en vez de canalizarla con un buen polvo, había sido canalizada a través de una riña estúpida que de nuevo volvía a alejar a Kevin de mí.

Loca, me costó mucho convencerlo para que volviera y de nuevo tus celos nos dejan en la estacada – el tono de las palabras de Alberto era triste y desolador.

No le faltaba razón. En un último instante desesperado, salí corriendo a

buscarlo, a buscar a mi mulato. Pero ya no estaba. Sentí, sin embargo, que había pisado algo blando a los pocos metros de salir de la acera.

No quise comprobar qué era. No hacía falta. Lo suponía. Otra mierda de perro. La luz del sol me daba en la cara y un suave viento que cruzaba la avenida secaba mis primeras lágrimas.

Capítulo 6

La había jodido bien. Y, ahora, vuelta a

casa. Ahora a explicarle a mis padres que yo no podía seguir con la pastelería. Me estaba hundiendo en la miseria. Mi mulato se había marchado con razón y ahora yo no tenía otra cosa que hacer que pudrirme en el dormitorio de mi infancia y adolescencia o hacerme el harakiri. ¿Sería una de esas solteronas que acabarían cuidando de sus padres hasta que alguien cuidara también de ella?

Triste vida. Pero no podía esperar otra cosa a partir de ahora. Cuando llegué a casa, dije “hola” y me metí en mi cama. No tenía ganas ni de mirarme en el espejo. No me puse el pijama. No cené.

Encendí el televisor de mi cuarto y me puse a ver una de esas series televisivas donde los protas no paran de follar y son asquerosamente felices al final del episodio.

Después comenzaría la tele tienda y de nuevo volvería a dejarme un puñado de dinero en cremas, suelas para los zapatos y fajas para cuando mi cuerpo empezara a marchitarse. Qué pena. Qué mala suerte había tenido con los hombres. Era una muchacha bien guapa, pero mi malhumor había espantado a hombres que seguramente merecían la pena, aunque no fuesen Brad Pitt.

Recuerdo a un tal Brian que lo empujé del coche a patadas mientras nos dirigíamos a un pequeño hotel a las afueras de Madrid a pasar el fin de semana. Aquel tipo, sin apenas conocerme, no se le ocurrió otra cosa que darme un beso en la oreja metiéndome la lengua hasta el fondo mientras yo iba al volante. Automáticamente, con el coche en marcha, salió disparado. Creo que no le pasó nada porque el pobre Brian no llegó a salir en el periódico, algo que me alivió.

Recuerdo otra vez que salí con un tal

Alfredo, al que le metí una patada en los huevos, cuando me enteré de que seguía chateando con su ex novia, una tipa más fea que un mono, pero que estaba forrada de pasta.

Por cierto, hablando de dinero, en casa, nunca escaseamos de caprichos. Y mi padre cambiaba de coche con frecuencia. Mi madre, que se pasaba las horas de la mañana durmiendo, tenía una cuenta de ahorros con varios ceros. Era una de esas cosas en las que no reparas hasta que me sucedió lo que voy a contar ahora.

Sí. Mi madre tenía una cuenta con varios

ceros, mi madre, que salía por las noches con mi ropa de adolescente a no sé dónde. Pronto lo descubriría. Quizá eso explicaba que, pese a las pérdidas de dinero en la pastelería, mi padre siempre respondía con un nuevo cheque. Aquí había gato encerrado y yo había empezado a mosquearme, especialmente cuando vi a mi madre con la minifalda y el top.

Esa noche, después de cerrar la pastelería, de pisar una mierda al intentar alcanzar a mi mulato, volví a no dormir y, de nuevo, mi madre me preguntó por una ropa que hacía miles de años que no me ponía.

Como era de esperar, sobre las tres de la mañana, escuché de nuevo sus pasos y que abría la puerta para marcharse. Me dieron ganas de seguirla, pero estaba agotada y bastante triste con lo de mi mulato para comenzar una aventura nocturna en la gran ciudad.

Esa semana en la pastelería fue un desastre. Las clientas se olieron que mi mulato ya no trabajaba allí y dejaron de venir. Ahora sí que nos hundíamos y Kevin no dejaba de reprochármelo.

Si me hicieras más caso, estas cosas

no nos pasarían.

Cállate ya, por favor.

Vicky, mírame y mírate, aquí estamos cruzados de brazos. Cuando mejor iba el negocio, no se te ocurre otra cosa que espantar a nuestro mulato que estaba siendo las gallinas de huevos de oro.

Me vas a hacer llorar, Alberto.

No es mi intención. Pero me jode que no seas capaz de controlarte. ¿Has

pensado visitar a un psicólogo? Te podrá ayudar con eso.

Alberto, si quieres que te mande un poquito a la mierda, solamente tienes que pedírmelo.

Después de esta conversación, por no llamarlo de otra manera, se hacía un silencio donde los dos nos quedábamos abotargados, sumidos en el aburrimiento, y donde veíamos pasar a la gente sin que nadie se atreviera a entrar en nuestro negocio.

De nada valían los hojaldres, nuestros

pastelitos, nuestras empanadas y nuestras tartas. No estaba Kevin y Kevin, aquel mulato, era lo que le daba vida y gracia a aquel negocio. Por lo menos así fue durante la semana que estuvo trabajando.

Mierda de vida.

Tengo que confesar que, aquellos días sin Kevin y su torso desnudo, lo único que rompía la monotonía eran los gritos de Alberto. Aquellos gritos tenían diversos motivos.

¡¡¡Ahhhhhhhhhhhh!!

Pero, ¿qué pasa, Alberto?

¿Qué pasa? Una tragedia.

Habla. Estaba en el horno y me has hecho salir.

Mi uña. Me he roto una uña fregando un vaso.

Vete a la mierda. Menudo susto me habías dado.

Qué fina, hija. Tus padres te fecundaron una noche de tormenta, ¿verdad, Vicky?

Fue un jueves. Sí. Recuerdo que sucedió un jueves. En vistas de que no entraba nadie a la pastelería, aquella tarde cerré temprano. Le pagué a Alberto que me dio un beso en los labios y se marchó feliz, moviendo el culo como un pato.

Pese a lo mal que iba el negocio, siempre había dinero en la cuenta. No me lo explicaba. O tal vez sí. No quería pensar a lo que se dedicaba mi madre por la noche. Supuse que era mi padre el que, con la intención de que no cerrara

definitivamente mi pastelería, se encargaba de ingresar dinero de manera continua.

Llegué a casa. Dije “hola” y me fui a mi cuarto. Me miré en el espejo y pude comprobar que mi rostro era el rostro de una derrota lenta y agónica. Me eché sobre la cama y, sin saber cómo, me dormí vestida. Entre sueños, escuché que mis padres me llamaban para cenar, pero me di la vuelta y seguí durmiendo.

Sobre las tres de la madrugada, me desperté y vi que mi madre, delante de mi espejo, se había puesto un Wonderbra que yo me había comprado el año

anterior, y uno de mis tanguitas. En vez de pegar un grito del susto, cerré los ojos simulando que dormía.

Mi madre aparentaba menos edad de la que tenía. Yo había heredado su cuerpo. Cintura estrecha, buenas tetas y un culo respingón que quitaba el hipo. Como ella siempre iba en bata por la casa, dejé de apreciar la hermosura de su cuerpo según fui cumpliendo años. Pero era una mujer hermosa. Salió de mi cuarto con mi ropa interior.

Yo no pude evitarlo. Me lavé la cara. Me cepillé los dientes. Sabía que mi madre iba a salir de nuevo, así que

esperé a escuchar sus pasos. En efecto, la escuché que caminaba y que abría la puerta para salir furtivamente de casa.

Sin que ella se percatara, yo la seguí. Mientras ella bajaba por el ascensor, yo bajé por las escaleras. En el portal, un taxi la esperaba. El coche arrancó. Por suerte, un taxi pasó en ese momento también para mí. Puta suerte. Me monté y le dije que siguiera el vehículo que avanzaba delante de nosotros.

A los diez minutos, el taxi de mi madre paró. Mi taxista, obedeciendo, hizo lo mismo. Pagué y sigilosamente seguí sus pasos. En una calle cerca de Serrano, vi

que mi madre, la hipocondríaca, entraba en un club de señoritas ligeras de ropa, el Bada Bing.

Yo alucinaba. Con un abrigo oscuro hasta los tobillos, se hizo paso entre la gente que esperaba y desapareció. Yo me puse a la cola y, al cabo de media hora, logré entrar. La cola estaba formada fundamentalmente por hombres y el portero, al principio, se me puso un poco pesado.

¿Por qué vas sola, nena?

Porque soy una mujer independiente.

No te he visto nunca por aquí.

Pues a lo mejor, me vas a ver más a menudo – dije yo con un aire de rebeldía que recordaba a mi juventud, cuando tenía que pelearme con todos los porteros de Madrid para entrar en las discotecas.

Finalmente, accedí. Y ahí estaba yo en un antro donde la música techno estaba a todo volumen. Grupos de tíos y mujeres con camisetas ajustadas, tan ajustadas que iban a explotar en cualquier momento, patinaban por la

pista con bandejas de copas. Una ligera braguita dejaba al descubierto sus piernas largas y delgadas.

De repente, me entró un tío con traje negro y corbata.

¿Buscas trabajo?

No, perdón, buscaba a una persona.

Aquí, nena, todas las noches se buscan a muchas personas.

No voy a molestar. Me marcho enseguida. Creo que me he equivocado de lugar.

Tienes buenas tetas. Si quieres trabajar aquí, dímelo. Ésta es mi tarjeta. Aquí tienes mi número de teléfono.

En aquel instante, me dieron unas ganas de pegarle una patada en los huevos a aquel gorila. No sé todavía cómo me frené. Pero lo hice. Buscaba a mi madre. Estaba segura de que había entrado aquí.

En un pequeño escenario, un grupo de jóvenes que estaban celebrando una

despedida de soltero, jaleaban a una figura esbelta que no dejaba de moverse. Se abría de piernas, se ponía de rodillas y arqueaba su espalda para exhibir la belleza de su cuerpo delante de aquellos babosos con diademas de pollas y tetas en sus cabecitas huecas.

Al principio, no le di importancia a la escena. Lo que tenía claro es que mi madre trabajaba allí y me estaba entrando una ansiedad terrible con solo imaginarlo. Pero lo peor fue cuando me di cuenta de que la mujer que estaba sobre aquella tarima era mi madre, la hipocondríaca.

Casi me da un infarto. Era ella. Con mi tanga y mi sujetador. Con un cuerpo atlético que, pese a sus cincuenta años, podría ser la envidia de muchas veinteañeras. La goma del tanga estaba forrada con billetes de veinte euros que le ponían los muchachos. Más de uno recibía bofetadas y puñetazos de mi madre cuando alguna de aquellas manos intentaba tocar donde no debía.

Pero el espectáculo no acabó aquí. De repente, del fondo del escenario, apareció un hombre que iba a bailar con mi madre. Era un hombre cuya apariencia, me resultó familiar. Joder y tan familiar. Era Kevin, mi mulato. Allí

estaba bailando con mi madre, abrazándola y elevándola como si fuese un número de Dirtydancing.

Volví a pellizcarme para ver si estaba soñando. Pero no. No era un sueño. Memoria de la vergüenza. En ese instante en que debía haber muerto de la impresión, sentí un manotazo en mi culo. Un tipo que pasó por mi lado se tomó esa licencia. Automáticamente, me giré y le di un guantazo que sonó por encima de la música. No contenta con ello y dolida por lo que mis ojos habían visto, me lancé sobre el tipo y me puse a golpearle. Una agitación general vibró alrededor. Un círculo de hombres y

mujeres nos rodearon hasta que dos gorilas me cogieron de la cintura y me echaron fuera del recinto.

Yo grité en mitad de la calle. Desesperada y desolada con toda aquella situación, me fui a casa. Ahora ya sabía a qué se dedicaba mi madre, ahora ya sabía de dónde salía el dinero de aquella cuenta y los coches que conducía mi padre.

¿Mi padre?

¿Sabría mi padre algo de esto? ¿Y quién era Kevin en realidad?

Ahora estaba más perdida que nunca y no me quedaba otra que mantener una larga conversación con mi madre. Tenía derecho a saber y tenía derecho a buscar a Kevin otra noche en el Bada Bing para que también me diera explicaciones, para convencerlo de que su futuro no estaba en aquel lugar, sino en mi pastelería.

Mi vida no iba en serio. Mi vida era una broma pesada porque era una farsa. Mi madre era una stripper y mi mulato, un gigoló. Mi padre era un hombre sereno que roncaba por las noches y mi mejor amigo era un tal Alberto que no me

había perdonado que, por mi mal humor, Kevin se marchara de nuestra pastelería, ofendido y sin ninguna intención de regresar.

Pedí un taxi. Miré al cielo antes de subir. Las estrellas brillaban y de nuevo mis preciosos zapatos habían pisado una mierda, una enorme mierda que no sé si habría de traerme suerte.

Capítulo 7

Ni qué decir tiene que llegué al día siguiente al trabajo hecha un desastre. Encima de todo, el Karma seguía jodiéndome a mí.

¿Pero por qué, Dios? ¿Qué había hecho en otra vida para merecer eso? Algo muy malo, seguro, porque no era normal lo que me pasaba.

Llegué al trabajo, sí, llegué por poco. Porque con la tontería de la noche anterior, me acosté a las tantas esperando a mi madre, a la cual no vi, pero de esa noche no pasaría que me contara todo. Así que, ¿qué hice? Se me ocurrió coger mi coche, mi perfecto Mini, el cual todavía estaba pagando, y a ese paso me jubilaría pagándolo, para ir a trabajar.

Y claro, el Karma. Ahí estaba él, para reírse un poco más de mí.

El coche llegó con un golpe. No fue mi culpa, pero tenía un golpe. Su precioso faro trasero destrozado...

Y si eso no fuera suficiente. La policía me multó minutos después por circular

en esas condiciones.

Estarían recolectando ya para la paga extra de verano o a saber.

¡¿Por qué?!, grité antes de salir del coche, jalándome del pelo, cual loca.

Entré en la cafetería y...

Silencio.

Nada...

Ni un alma, ni una mosca, Alberto con el móvil, mirando Facebook, seguro.

Dame la dirección de Kevin – ese fue mi saludo.

¿Perdón? – Alberto levantó la mirada

– Buenos días a ti también, ¿se te estropeó la plancha del pelo?

Vete a la mierda, Alberto.

Pero hija, qué mal humor. Te van a salir arrugas, una úlcera, se te van a caer los dientes y eso sin contar que te pondrán una camisa de fuerza a este paso.

Que te vayas bien rapidito a la mierda y dame la dirección.

¿Qué dirección?

¿Tú me escuchas cuando te hablo? – empezaba a desquiciarme.

A veces lo intento, pero la verdad es que suelo ignorarte.

Gracias por tu sinceridad –dije sarcástica-. La dirección de Kevin.

No tengo su dirección.

Oh, claro que la tienes. Para algo te encargas de tomarles los datos a los trabajadores para contratarlos.

¿Para qué la quieres?

Voy a buscarlo.

¿Para que vuelva? –preguntó emocionado.

La verdad es que pienso traerlo de las orejas si es necesario.

¡Yupi!

Y así, tan fácil, me la dio. Y así, tan idiota, volví a seguir mis impulsos sin pararme a pensar. Pero joder, el negocio

estaba cayendo empicado de nuevo, si tenía que soportar a ese gigoló de pacotilla, lo haría. Al menos hasta que encontrara otro.

Y así fue como llegué a su casa en taxi, poniéndome miles de excusas, diciéndome que era por trabajo, hasta que...

Abrió la puerta.

El guantazo que le di fue pequeño, ni siquiera le dio tiempo a abrir la boca. Un derechazo, con el puño cerrado, en toda la cara.

De algo me tenía que servir tanta ira, pensé.

¿Pero qué haces? ¡¿Estás loca?! –
chilló.

Loca... Y más loca que me vas a ver,
gigoló de pacotilla.

Hala, ya salió la verdadera razón por la
que fui a buscarlo.

Con mi madre. ¡Nada menos que con
mi madre!

¿Pero qué dices? –jaló de mi brazo y

me metió en la casa –Mira, Victoria.

Vicky –dije entre dientes.

Vicky. No sé de qué estás hablando.

Ah, ¿no? ¿Bada Bing no te suena?

Sí, claro que me suena. Es un trabajo, lo necesito, no tengo por qué avergonzarme.

Ya sabía que no eras trigo limpio. Eres un degenerado, un tío que cobra por que lo vean, porque lo toquen, por...

No lo digas –se acercó demasiado a mí, amenazante-. Cobro por hacer striptease porque tengo que pagar y comer.

Y por eso te dejas manosear por tías salidas, viejas verdes – se me hincharon las aletas de la nariz -. Joder, ¡con mi madre!

¿Pero qué madre? – preguntó desesperado.

¡Te vi anoche bailando con mi madre!
–chillé.

Y él hizo lo que menos esperaba. Abrió los ojos como platos y empezó a descojonarse.

¿Te estás riendo de mí? –preguntó incrédula.

No... Esto... Sí – y volvió a morirse de la risa.

Eres un imbécil –fui a darme la vuelta para irme.

No, espera, no te vas. Primero me vas a decir, ¿qué demonios hacía tu madre

en un club de striptease? –la sonrisa en su cara.

A ti te lo voy a contar.

Está bien, algún día lo harás. Entonces vamos a lo importante –se acercó demasiado a mí, pegando nuestros cuerpos-. ¿Para qué has venido a mi casa?

Empecé a temblar, al menos interiormente. Estaba demasiado cerca, mierda, mi mente ya volaba con todas esas fantasías que había ido teniendo todo ese tiempo atrás.

Vine a pedirte que volvieras a la pastelería –carraspeé y giré la cara.

Kevin cogió mi barbilla con sus dedos y me hizo mirarlo de nuevo. Ya no sonreía, al revés, estaba serio. ¿Era deseo lo que veía en sus ojos?

¿Para qué has venido, Vicky?

Ya te lo he dicho – tragué saliva. Joder, ¿se había acercado más o era cosa mía?

La respuesta es no – sus labios muy

cerca de los míos -, ya puedes irte.

Y era lo que tenía que haber hecho, si fuera normal, claro. Pero no sé qué se me poseyó en ese momento. Algo maligno, seguro, el ángel del pecado y la decadencia, de la lujuria, a saber.

Pero hice lo contrario. Hice lo impensable. A la mierda las consecuencias, yo ya no podía más con esa tensión.

Me abalancé sobre él, literal, casi caemos al suelo, menos mal que tuvo reflejo y se movió, o nos movió para poder apoyar su espalda en la pared.

Allí mismo, en el pasillo.

Dios... Ese tío sabía besar. Ya había cogido por completo el control, una mano en mi nuca, dirigiendo. La otra llegó a mi culo y me pegó a él, mostrándome su erección. La discusión lo había puesto tan excitado como a mí. O se había despertado así, no me importaba.

Mis brazos alrededor de su cuello, mis caderas moviéndose, estaba desatada pero no quería que el beso terminara.

Separamos nuestras bocas para coger aire. Me quedé unos instantes mirándolo a los ojos, hasta que la cordura se implantó en mi cabeza.

Mierda, ¿qué había hecho?

Imagino que vio el pánico y la vergüenza en mis ojos. Me agarró por la cintura para que no me moviera y nos cambió las posiciones. Ahora era yo la que tenía la espalda pegada en la pared.

Déjame –dije con la respiración entre cortada.

¿Para qué has venido, Vicky? – preguntó con voz ronca.

Ya te lo dije.

Para eso podías haberme llamado por teléfono. Pero no, viniste a mi casa –

miró mis labios y yo no pude evitar pasar mi lengua por ellos. Ese hombre me tenía loca perdida.

Tengo que irme. Por favor...

¿A qué le tienes miedo? –preguntó, ignorándome.

¿Perdón?

¿O son celos?

¡¿Celos?! ¿Pero tú quién te crees?

Yo nadie. Solo un idiota al que, sin saber por qué, le gustas.

Eres un gigoló.

Ahora, aquí, soy un hombre que te desea.

Eso le dirás a todas.

Entiendo... - negó con la cabeza- No soy lo bastante bueno para ti.

No digas estupideces. ¿Y por qué demonios estamos hablando de esto?

No lo sé –se separó de mí-. Ya puedes irte.

¿Así de fácil?, me pregunté. La verdad que la conversación era un poco extraña.

¿Por qué lo haces?

A veces me gustaría ser menos curiosa o impulsiva, pero necesitaba saberlo.

Solo es un trabajo, nada más.

Te estoy ofreciendo uno y lo rechazas.

Está comprobado que tú y yo no podemos trabajar juntos, ¿no?

Sí, en eso tienes razón.

Sí, yo no trabajo con cobardes.

Volvió a poseerme el demonio. Fui a darle otro guantazo, pero su mano fue más rápida esa vez y me paró.

Eres una cobarde, Vicky y lo sabes.

Suéltame –dije con rabia.

Todo ese genio, todo ese cinismo, ese mal humor... ¿Crees que la gente no se da cuenta que es una manera de rebelarte contra lo patética que es tu vida?

Lo dijo en un tono tan duro que me dolió, pero no iba a darle el lujo de llorar delante de él.

Eres un idiota -escupí.

Sí, lo soy. Porque además había decidido darte una oportunidad.

¿Pero de qué hablas?

Alberto me llamó hace un rato y me explicó lo mal que estaba la cosa. Iba a ir, como si fuera cosa mía, a pedirte trabajo. A rebajarme si lo quieres ver así. Para ayudarte.

¿Por qué harías eso? —pregunté sin entender nada. ¿Qué me estaba perdiendo?

Eres tan ciega que no ves lo que tienes delante de las narices, ¿verdad? Te vi anoche, te vi en ese local. Vi tu cara. Vi el dolor en tus ojos. Vi que me

equivocé, que no tenía que haberme ido. Pero no de tu trabajo, si no de tu vida.

Tú nunca has estado en mi vida.

No. Pero sí en tu mente, ¿verdad? Pero claro, yo soy eso, un tío con un buen cuerpo con el que pasar un rato. En realidad, o en tus fantasías, nada más. Nunca has querido mirar más allá.

Eso es mentira.

¿Lo es? ¿Para qué has venido hoy?
¿No ha sido para acostarte conmigo?

Intenté soltar mi mano de su agarre.

Yo no soy así –me dolían sus palabras. Sí, sexualmente era un imán para mí, pero yo jamás pensé en utilizarlo. Vale, en mi mente sí, pero no lo iba a hacer.

Estás devorándome con la mirada.

No estoy haciendo eso – aparté la mirada.

Y ese hombre estaba loco, por completo. Vi con el rabillo del ojo cómo se

quitaba la camiseta. Mierda, estaba perdida, empecé a sudar.

¿Qué haces? –pregunté con un hilo de VOZ.

No respondió, cogió mi mano y la puso en su pecho, haciendo que lo acariciara.

Esto es lo que necesitamos para poder empezar de cero.

Y después de eso, nuestras bocas batallaban de nuevo, nuestras manos se volvieron locas, nos tropezamos hasta caer sobre la cama de su dormitorio,

llegamos allí en unos segundos. Desesperados. Yo al menos, me había desatado.

Ese hombre era más que una obsesión y ya no podía parar.

Los dos desnudos, tumbados, nuestros cuerpos sudando, las piernas entrelazadas.

Eso era el cielo.

Cuando entró dentro de mí me miró a los ojos. Ahí me di cuenta de varias cosas. Primero que aquello era perfecto. Segundo, que en su mirada me mostraba que eso no era simple sexo con una más

para él. Y tercero... mierda, no sabía cómo había pasado, pero él no era tampoco solo sexo para mí.

Entonces todo se ralentizó, como a cámara lenta: los besos, las caricias, cómo me penetraba. Ya no era solo sexo, si no mucho más. Había algo especial entre nosotros, como un hijo que tiraba de ambos.

Era imposible, no nos conocíamos. Yo estaba completamente loca.

Cuando terminamos, nos miramos a los ojos. Los suyos mostrando tanto. Los míos...

No –dijo al reconocer el miedo en mi mirada -, no te arrepientas de esto.

Kevin, yo... -fui a disculparme, estaba desconcertada, no sabía qué había pasado allí, pero yo estaba más que loca, solo había sido un polvo.

Me miró unos segundos más y salió de mí.

Márchate – dijo muy serio.

Y eso hice. Me vestí lo más rápido que pude y me fui corriendo de allí.

Llegué a mi casa y me encerré en mi

dormitorio. Le dije a Alberto que me encontraba indispuesta, que se encargara de poco. No le di tiempo a preguntar, le colgué la llamada antes de que pudiera ni siquiera coger aire para hablar.

Ignoré a mis padres, apagué el móvil, no me preocupé ni de mi coche, aparcado cerca del trabajo.

Me había acostado con Kevin, había cumplido mis fantasías. Pero me sentía una mierda.

Porque lo había tratado como si fuera eso, un trozo de carne, un hombre para pasar un rato.

Y le había hecho daño al hacerlo.

Pero más daño me había hecho a mí,

porque la verdad era que no sabía ni cómo, ni cuándo, ni por qué, pero ese hombre me importaba. Y yo la había jodido.

Mierda...

¿Me había enamorado de él?

Capítulo 8

Pasé. Olímpicamente pasé de volver a la pastelería en los siguientes días. Le dije a Alberto que hiciera lo que le diera la gana, él lo haría bien. Apagué el móvil y me encerré en mi habitación.

Cuando mi madre me hablaba para saber si estaba viva, me hervía la sangre. Ese era otro tema que tenía que solucionar.

- Victoria, sal de tu habitación.

¿Veis? A eso me refería, la escuchaba y se me revolvió el estómago. Mi madre en un club viendo a los tíos cachas desnudándose. El mundo estaba completamente loco y yo no sabía qué iba a hacer.

Y ella venga a desesperarme, a tocar la puerta. Y otra vez...

Y me cabreé. Me levanté de la cama y abrí la puerta de mala leche.

- Joder, ni Ana, la hermana de la princesa de Frozen tenía tan mala

cara al despertarse – ese fue los buenos días de mi madre.

- ¿Desde cuándo conoces Frozen? No, espera, ¿desde cuándo dices joder? -gruñí.

- Victoria, tenemos que hablar.

- Y tanto que tenemos que hablar. Entra.

- No, a la sala. Tu padre no está. Y esto huele a leonera.

La miré con los ojos entrecerrados, pero la seguí. Mi padre no estaba, así que esa

iba a ser mi oportunidad.

Me senté en el sofá, al lado de ella, y fui directa a la yugular.

- ¿Pero qué demonios hacías en un club de striptease?

Su cara era un poema.

- ¿Cómo sabes eso? -me preguntó con los ojos muy abiertos.

- Te vi. Maldita sea, te vi. Ahí, magreándote.

- Victoria...

- Ni Victoria ni mierda. Mamá, joder, que estás casada.

- ¿Estás pensando que engaño a tu padre?

- Nooooooo... A ver qué demonios ibas a hacer en un club de esos. No, prefiero no saberlo -fui a levantarme, pero me agarró de las manos y me hizo sentarme de nuevo.

- Verás, no era esto de lo que quería hablar contigo, pero tendré que hacerlo.

- Y tanto que lo harás – me crucé de brazos esperando una explicación.

- Tu padre sabe que voy allí.

Me quedé mirándola, con cara de incrédula, por ahí sí que no iba a pasar.

- Mamá, por dios...

- No es lo que piensas. Solo llevé varias noches a algunas amigas para que el local se llenara.

- No estoy entendiendo nada...

- Verás, es por Kevin.

¿Pero qué demonios le estaba ocurriendo a todo el mundo? Mierda para mí, tenía que ser la fruta, no quedaba de otra. Los malditos plátanos, o las naranjas o las peras o...

Me puse a llorar, de rabia y de impotencia. ¿Había dicho Kevin o yo estaba más que obsesionada?

- ¿Qué has dicho? -pregunté con lágrimas en los ojos.

- Que intentaba ayudar a Kevin.

- A Kevin...

- Sí.

- ¿Y de qué mierdas conoces a Kevin? -no era muy adecuada la pregunta para mi madre, pero es que me estaba tocando las narices. No ella, la vida, el Karma, a saber, qué. Qué aburrido tenía que estar Dios...

- Kevin es un chico que conocimos tu padre y yo, trabajaba en la cafetería donde desayunamos.

- ¿La que cerró?

- Sí. Se quedó sin trabajo y bueno... Lo ayudé a encontrar uno.

- De stripper...

- Sí.

- Mira, mamá. Yo no sé qué está pasando aquí, pero ni en una novela escrita por los escritores más locos que te puedas imaginar, podría pasar esto.

- Tienes que perdonarlo.

- ¡¿A quién?! -no me estaba enterado de nada.

- A Kevin - dijo mi padre desde la puerta, lo miré pestañeando sin cesar.

- Si no tengo ni idea de lo que estáis hablando... -empecé- ¿Qué está pasando aquí?

- Ya es hora de que tu hija sepa la verdad -dijo mi padre, muy serio.

¿Sabéis lo que es pensar que una está loca? ¿Sí? Pues yo también. Porque en ese momento yo estaba claro que lo era.

Porque a ver, recapitulemos.

Mi vida era una mierda, sí, eso os lo conté. Entonces me pasan miles de desgracias y un chico se pone en mi camino y me ayuda a sacar un tacón, etc, etc, ¿os acordáis? Pues eso.

Después ese mismo chico aparece en mi pastelería, trabajando, siendo el pastelero perfecto. Como perfecto era él. No para mi mente, porque me la tenía bien jodida desde el principio, pero sí para mi deseo sexual. Era un moja bragas de primera.

Trabaja conmigo, se va. Me lo encuentro

en un club como gigoló, mi madre está allí, ahora me dice que...

No estáis entendiendo nada, ¿verdad?
Pues yo tampoco.

- Creo que será mejor que las cosas se queden como están – dijo mi madre, con voz suave, como evitando que yo saltara y pudiera morderla si me contaba.

- No, es hora de que lo sepa. Se ha enamorado de ese chico, ¿es que no lo entiendes? -preguntó mi padre enfadado- La que has liado y lo peor es que yo te he ayudado. Mi hija no

me lo va a perdonar nunca y con razón. Maldita manía de meternos en su vida.

- Papá... -gemí- ¿Qué está pasando aquí?

- Tu madre... Lleva meses aliada con Alberto, buscándote citas.

Yo no estaba loca, yo tenía una imaginación increíble. Y estaba soñando y eso era una pesadilla, seguro.

- ¿Qué?

- El psicólogo, el dentista, el

albañil... Todos, todos, los sacó tu madre de una página de contactos donde ese hizo un usuario con tu foto para buscar pareja.

- No puede estar pasando esto -
negué con la cabeza.

- Me di cuenta tarde, lo supe cuando la oí hablar con Kevin. Siempre me decía: este es el último intento, pero eso nunca ocurría.

- Y tú la ayudaste -lo acusé.

Mi madre permanecía en silencio, yo era incapaz de mirarla a la cara.

- Kevin solo tenía que ayudarte en el negocio, nada más. No planeé nada. Pero el pobre chico nos llamó cuando lo dejó, diciéndonos que estaba empezando a sentir cosas por ti y que tenía que irse -siguió mi padre-. Nos llamó después de que estuvieras en su casa y está destrozado.

- Os estáis quedando conmigo, ¿verdad?

- No – dijeron los dos a la vez.

No dije nada porque no estaba

entendiendo nada. Me levanté lentamente, los dejé allí y me fui a mi habitación. Cerré de un portazo y me senté en la cama a llorar.

Quería dormir, quería despertarme y ver que todo era un sueño, o una pesadilla, algo que le diera sentido a todo lo que me habían contado. ¿Pero qué sentido iban a darle si no tenía ninguno? No, todo era una simple broma, un sueño, yo estaba dormida, eso no estaba pasando. Me iba a levantar y no habría pasado nada.

Sí, eso pasaría.

Y al levantarme, lo que vi fue a Kevin sentado a mi lado en la cama.

El grito que metí fue pequeño. Le tiré la almohada, empecé a chillar como una posesa, me levanté y le tiré todo lo que encontraba por el camino. ¿Una lámpara? ¡Pues una lámpara!

- ¿Pero qué haces, loca? Deja la lámpara... - dijo calmado, o intentando calmarme, como si yo fuera un terrorista o un secuestrador.

- ¿Pero tú quién eres?

- Kevin.

- Tus muelas, Kevin. ¿Qué haces aquí? ¿Cómo has entrado? Oh, mierda. Eres un asesino en serie, ¿verdad? Oh, dios mío, ¡ayúdame!

Chillé con toda la fuerza con la que pude. Él saltó por encima de la cama y jaló de mi brazo, haciéndome caer. Forcejeamos un poco hasta que consiguió ponerse sentado encima de mí, con una mano agarraba las mías y con la otra tapaba mi boca.

- Voy a quitar la mano, lentamente. No chilles o te juro que te amordazo,

¿OK?

Asentí con la cabeza, estaba acojonada.

La quitó lentamente y me quedé allí, esperando a que hablara.

- Tus padres saben que estoy aquí - yo no quise ni piar, dejaría que la pesadilla terminara-. Me dijeron que te contaron. Tenemos que hablar, Vicky.

- No tengo nada que hablar contigo, te acostaste conmigo por dinero, ¿no?

- ¿Qué? ¡No! – exclamó horrorizado.

- ¿Entonces qué demonios está pasando aquí?

- Tus padres me tienen cariño, decidieron ayudarme a encontrar trabajo. Pero lo único que conseguimos fue como gigoló. Justo mi primer día, comencé en la pastelería. Ella me mandó allí al saber que tú volvías a necesitar personal.

- Pero lo que me contaste de tu

familia...

- Es cierto. Todo es cierto. Como es cierto que tu madre me ofreció que intentara tener algo contigo, pero me negué. Porque sí, Vicky, ese era su plan desde el principio, pero no me di cuenta.

- Todo ha sido una farsa...

- No, lo nuestro no lo ha sido. Solo te oculté algunas cosas. Y que conocía de ti más de lo que pensabas, nada más.

- Me habéis engañado. Todos me

habéis engañado – comencé a llorar.

- Me enamoré de ti, Vicky, esa es la única verdad.

Negué con la cabeza. No, no me creía nada. Eso era una broma de la cámara oculta. Nada era real.

- Vete -dije con rabia.

- No – negó con la cabeza.

- Necesito pensar en todo esto, Kevin, por favor.

- Cuando salga de aquí, vas a

volver a ponerte la coraza. No vas a entender nada porque no quieres hacerlo. Como no has querido entender que tú te enamoraste de mí igual. Fuera un plan de tu madre o no. Lo hiciste.

- No, yo no siento absolutamente nada por ti.

- Deja de engañarte, Vicky, deja el miedo, el odio, el rencor. Abre tu corazón, escúchalo.

- Lo nuestro, lo único que yo he sentido por ti, ha sido deseo sexual. Te usé, con eso tengo suficiente -dije

para herirlo.

Y vi cómo lo hice. Sus ojos mostraron todo el dolor que estaba sintiendo, cuánto le habían dañado mis palabras, pero me daba igual. Él era un hipócrita, un engaño, una simple mentira.

Se levantó de encima de mí y se marchó, sin volver a mirarme, cabizbajo, triste...

Anda y que le dieran mucho por...

Lloré, lloré desconsolada. Porque nada era una pesadilla, todo era cierto.

Mi madre, intentando ayudar a alguien.

Mi madre, quien tenía un perfil en una página de contactos con mi foto y mis datos. Mi madre, quien había liado a un tío para que se metiera en mi vida.

¿Para qué?

Para joder, seguro. Porque así no ocurre. El amor no se fuerza.

Y la jodida verdad era que yo me había enamorado de él, de una mentira.

Joder, odiaba mi vida.

Me derrumbé en la cama, jurando que esa sería la última vez que se reían de

mí.

¿Y el perdón? Eso no era posible.

Capítulo 9

Estaba perdida, dolida, malhumorada. Hasta el mismísimo coño de mí misma, llevaba varios días sin hablar con mi madre, a mi padre tres cuartos de lo mismo, me levanta por las mañanas y me iba hasta por la noche, pasaba algunos ratos en la pastelería, pero aquello se me hacía insoportable, sobre todo, cuando me enteré que Alberto también estaba compinchado con mis padres.

Echaba mucho de menos a mi mulato, ya no me encerraba en el baño, ahora me veía como una muerta viviente recordando a Kevin por todas las esquinas.

Era lunes, estaba esperando que me pasara la desgracia del día, pero mejor pensé que se acabó, que, a partir de ahora, las cosas se iban a repartir, hoy le tocaría a Kevin, se me habían cruzado los cables, iba a joderlo en el sentido que fuera.

Cogí mi mini abollado, me dirigí directa a su casa, en el fondo lo necesitaba, me daba rabia reconocerlo, pero era así.

Llamé al timbre después de esperar a que se me pasase la llantina que tenía en esos momentos.

- Hola Vicky – dijo asombrado al verme apoyada en el quicio de la puerta. – Pasa, por favor. – dijo apartándose a la vez que yo le metía un manotazo que terminaba de llevarlo a la pared, entre como Pedro por su casa.

- ¿Eres un poco violenta no? – preguntó aún pegado contra la pared.

- ¿Yo? ¿Violenta? Jamás abras conocido alguien tan dulce como yo-solté para que se enterara y le quedara claro.

- Eres tremenda Vicky – cerraba la

puerta negando con la cabeza. - ¿A qué has venido?

- A tocarte los cojones... - dije tan pancha.

- Ya veo...

- Pues eso – me senté en el sofá con los brazos cruzados.

- Pensé que cabía la más mínima posibilidad de que hubieses recapacitado.

- Por eso estoy aquí, creo que te dije bien poco para lo que te

merecías – joder, cómo me estaba pasando, pero a la mierda que se currara el ganarme.

- ¡Tú estás loca!

- No me toques la moral, Kevin...

- ¿Yo? Eres tú la que has venido a mi casa a insultarme.

- Hombre, al menos soy buena gente, mejor en tu casa, en la calle no está bonito...

- ¿En serio has venido hasta aquí para esto? No me lo puedo creer –

negaba con la cabeza apoyada contra la pared, frente al sofá en el que estaba yo sentada.

- Ni que hubiera venido andando, te recuerdo que tengo coche.

- ¡Ya está bien! Reconoce de una vez que sientes por mí, que has venido por qué me echas de menos, deja de jugar a algo que te está haciendo daño y también me lo hace a mí – dijo con dolor y con una razón increíble, pero que me costaba admitir.

- Eres un poco chulo y creído ¿No?

En ese momento se abalanzó hacía mí y fue directo a la boca, quise apartarlo, no lo permitió y caí rendida a aquel beso que, en el fondo, iba buscando.

- Kevin... - puso su mano en mi boca callando.

- No digas nada, no lo hagas, piensa antes de hablar, sé que has sentido lo mismo que yo con este beso – dijo con los ojos brillante, me miraba fijamente, necesitaba que cambiara mi aptitud.

Volvió a besarme al ver que no le

contestaba, luego se apartó y me cogió de la mano, agachado de cuclillas frente a mí.

- Te amo, Vicky, sé que eres loca, contestona, a veces, muy borde, pero sé que en el fondo eres una grandísima mujer, llena de sentimientos muy nobles.

- ¿Yo borde? – dije mientras le producía una sonrisa.

- No tienes remedio – negaba con la cabeza. - Pero me encantas.

- Pero Kevin...

- No hay peros, Vicky. Vamos levanta, quiero enseñarte que la vida es más bonita de lo que imaginas.

- ¿Tú te crees que soy ciega? – pregunté refunfuñando de nuevo.

- ¡Vamos! – me jaló para levantarme.

- ¿Adónde vamos? – pregunté mientras lo seguía.

- Ya te lo he dicho, quiero enseñarte el mundo.

- ¿¿¿Que nos vamos de viaje???
- Viaje el que te voy a meter como no te calles – dijo agarrándome la mano y cerrando la puerta.
- ¡No me callo!

En ese momento me cogió por la cintura, en plena calle, me pegó contra él y comenzó a comerme todos los morros.

- Cada vez que hables, te taponaré la boca de esa forma – guiñó su ojo y volvió a jalar de mí.
 - ¿¿¿Dónde vamos???
- volví a

preguntar para ver si era verdad que cada vez que hablará me iba a taponar la boca.

Lo volvió a hacer, para mi suerte, lo volvió a hacer.

- Espero que esta vez te haya quedado claro.

Asentí con la cabeza, ruborizada, pero me daban ganas de volver a preguntar, por cierto, reventé de nuevo.

- ¿¿¿Me vas a decir adónde vamos???

Esta vez me apretó más fuerte contra él, el beso era perfectamente eterno, quise separarlo en más de una ocasión, estábamos en plena calle, pero eso a él le daba igual, estuvo un buen rato hasta que ya lo empujé.

- ¡Vale, ya me callo!

- Menos mal que lo has entendido
– dijo guiñándome el ojo mientras soltaba una sonrisa pícaro.

Llegamos a su coche, me abrió la puerta del copiloto y unos minutos después, ya

estábamos rumbo a fuera de la ciudad.

Tiró para la sierra de Madrid, después de un rato en silencio y viendo que cada vez estábamos más alto, paró el coche y me quedé impresionada con las vistas que desde allí se divisaban, estábamos en medio de la nada, no entendí que hacíamos ahí, hasta que me agarró por la cintura y se puso tras de mi rodeándome, dejándome frente a esas impresionantes vistas en medio de la nada.

- ¿Qué sensación tienes aquí frente a todo esto, Vicky? – preguntó en voz flojita.

- Me siento muy chiquitita...

- ¿En serio?

- Sí- dije en voz flojita viendo todo aquel infinito, sintiéndole respirar en mi oído.

- Así me sentía yo, así, no encontraba un punto fijo, veía infinito, pero no te encontraba, me sentía muy chiquitito en el mundo, solo, así, donde ves todo, pero no lo que realmente te falta, así es como te amaba, en el silencio de la nada....

Mis lágrimas no tardaron en aparecer, él

me giro y me dio un beso, un largo beso,
allí los dos juntos, en medio de la nada,
donde me di cuenta de todo, sobre todo
de que lo amaba...

Epílogo

Un año después.

Me apoyé en la barra para mirar a mi mulato. Estaba atendiendo a la clientela con su sonrisa en la cara. Pero con camiseta debajo del delantal, eso sí.

Desde la visita que le hice a su casa, Kevin y yo no nos habíamos separado.

Su casa, la que ahora era la nuestra.

Desde el momento en el que abrí mi corazón y vi que estaba enamorada de él y que no tenía remedio, decidí ir a por todas. Y eso hice el día que, aunque no de la mejor manera, aparecí en la puerta de su casa.

Como os decía, desde aquel día fuimos inseparables, pero mantuvimos la relación en secreto unos días, más que nada por joder a mis padres, merecían

una lección.

Pero duró poco porque, aunque lo intentara evitar, no podía esconder la felicidad que sentía por estar con mi mulato, por darnos a los dos la oportunidad de tener algo.

Todo fue eso, una oportunidad.

Pero los sentimientos estaban ahí, habían florecido demasiado rápido y acabamos, en pocas semanas, por irnos a vivir juntos.

Ahora trabajábamos juntos en la pastelería y el negocio, por primera vez, iba viento en popa.

Apoyé la cabeza en la palma de mi mano y seguí mirándolo.

Estaba más que enamorada de él, era más que una obsesión, era más que adoración. Kevin se había convertido en mi vida y yo en la suya.

Los momentos que pasábamos juntos se nos hacía eternos a ambos, pero nuestra relación era sana, sólo que la época de enamorados y pegajosos 24 horas nos estaba durando más de la cuenta.

Me separé de la barra y entré en la cocina para preparar algunos dulces que empezaban a hacer falta. Con todo listo ya, cuando metí las manos en la masa que había preparado, noté algo extraño.

Saqué la mano con el objeto en cuestión. Era un sobre. Me limpié las manos e

intenté abrirlo sin mancharme. En él había una especie de carta.

“Ahora estarás con el ceño fruncido y cagándote en todos los demonios por haberme cargado la masa de los pasteles, pero espero que cuando termines de leer esto, no quieras ahorcarme precisamente.

Cuando tu madre me propuso entrar en tu vida, me negué, pero al verte supe que ya estaba jodido, que, al aceptar el puesto en la pastelería, ya no habría vuelta atrás, me iba a enamorar locamente de ti.

Si, fue como un presentimiento.

Ese día, como te expliqué cuando me

dejaste hablar, te seguía, no fue una casualidad que apareciera, aunque los desastres sabemos que fueron de tu cosecha. Así que no me quedó más remedio que decir sí, e ir a, al menos, tenerte cerca. Tus ojos y tu mala leche ya me habían hechizado.

Pero bueno, no vamos a volver al pasado, lo importante es que ambos hemos decidido pensar que era el destino y no teníamos elección.

Y dirás que a qué viene todo esto...

Veras, amor. Porque eso es lo que eres, mi amor. El primero y el único. Y eso nunca va a cambiar.

Cada día que pasa, me enamoro más y más de ti, aunque no entienda cómo eso

es posible.

No te diré mucho más, sólo que abras mejor el sobre y saques lo que hay dentro antes de seguir leyendo...”

Hice lo que me dijo y saqué el anillo que había dentro del sobre. Un anillo algo preciso, de oro blanco y, en vez de un diamante o cualquier detalle lógico, un zafiro en forma de Donut.

Me reí a carcajadas sin poder evitarlo. Cogí la carta de nuevo y seguí leyendo.

... Original soy, eso seguro.

Nuestra historia no es normal, nunca lo fue, no iba a serlo el anillo de pedida,

¿no te parece?

Porque eso es lo que es, mi forma de preguntarte: ¿quieres casarte conmigo?

Ahora solo mira para atrás y respóndeme.”

Hice eso, miré hacia atrás y asentí con la cabeza mientras las lágrimas corrían por mis mejillas sin control alguno.

Salí corriendo y me abracé a él mientras le decía cuánto lo amaba y él me decía lo mismo.

No, nuestra historia no había sido normal pero el amor que sentíamos el uno por el otro era innegable.

Adoraba a ese hombre y, en ese momento, lo único que pude hacer fue dar gracias a mi madre por meter las narices en mi vida.

A mi madre y a todas las madres metiches del mundo. A veces acertaban.

Lo que fuera... Llevaba una alondra felicidad con mi mulato y, a partir de ese momento, nos esperaba toda una vida como marido y mujer.

Ese día salimos antes del trabajo, cogidos de la mano y...

Pisé una mierda.

No, no podía ser cierto, maldito

Karma...

Pero lo era. Me quedé parada mientras Kevin no paraba de reírse. A mí, en ese momento, reírme era lo último que podía hacer. Sobre todo, cuando me di cuenta de que, con la tontería de la carta, no le había dicho a Kevin que iba a ser padre. Y había pisado una mierda, claro, bonita manera del Karma de decirme que iba a casarme gorda como una foca.

Hice lo que tenía que hacer, me reí a carcajadas. Si tenía que ir gorda a la boda, iría, porque estaba segura que no había otra forma de ir mejor que esperando un hijo de mi amor.

Lo agarré de la mano y le di un beso,

deseando llegar a casa, hacer el amor y contarle que, además de mi esposo, sería el padre de mi hijo.

¿Qué me depararía el Karma ahora?

Agradecimientos.

Una historia loca, diferente, con la que esperamos os riáis y disfrutéis. Nos hemos divertido con ella y, de todo

corazón, para todos vosotros.

Norah Carter — Monika Hoff — Patrick
Norton.